



MARIANO GARCÍA MIQUEO

GOLPES  
CRUZADOS



Mariano García Miqueo

# **GOLPES CRUZADOS**



# 1

Mariana “La Tigra” Lozano jamás imagino que, después de derribar a su rival con un gancho al cuerpo, ese siguiente golpe antirreglamentario que le propinó cuando estaba en el suelo, iba a generarle semejante disgusto. Nunca pensó ver esfumarse su sueño consagradorio en los ampulosos ademanes de ese referí, a quien poco le importó que ella fuera “la figurita” del mercado interno actual. Descalificación y ¡chau, cinturón nacional! Difícilmente iba a poderse perdonar haberse dejado llevar por la adrenalina de una previa cargada de provocaciones y resignar un título que, para ganarlo, solo debía recibir el campanazo final de pie, ante una oponente abatida casi desde el comienzo. Ahora ya era tarde. De nada servirían los gestos sobre el ring, fingiendo inocencia, ni las excusas que diera frente a la prensa.

Después de llegar a su camarín en medio un caos generalizado, y de sufrir la renuncia de su entrenador, antes de trasponer la puerta le pidió al resto de su equipo que la dejaran sola, pero Ismael Viña, el “curaheridas” (lo que en Norteamérica llaman

“cutman”) y asistente en su esquina, decide quedarse y mirarla petrificado.

—¡Andate, Ismael! —prorrumpe tajante ella al verlo.

—¿Negrita, necesitas algo?

—Sí, que no me digas “negrita” y que te vayas.

—¡Bueno, per...!

—¡Chau, Ismael! —dice subiendo gradualmente la voz.

Él pega media vuelta y llega hasta la puerta. La abre apenas y, girando la cabeza, le pregunta:

—¿Te espero como quedamos para salir a tom...?

—¡Ándate ya, pelotudo! — grita enfurecida ella, arrojándole una toalla.

—“Salir con vos”...ni loca, boludazo —dice mascullando.

Acto seguido, se mete un largo rato bajo la ducha caliente para bajar las pulsaciones.

Cuando termina, se viste y se asoma desde el vestuario para ver si ya llegó su hermana Vera, pero lo que ve en el final de ese pasillo es al periodista de la revista El Noqueador, Enrique Smith, charlando con el árbitro de la contienda. Aprovechando que la obesa figura y la cabellera negro azabache artificial del referí

está dándole la espalda, le hace señas a Smith para que vaya a su camarín.

Mientras el hombre llega, la Tigra se para frente al espejo, se bate el pelo salvajemente con las manos y se desprende un botón más de la camisa. Le tira un beso a su humanidad reflejada en el cristal, y sonrío con picardía.

Golpean la puerta.

—¡Permiso! ¿Se puede? —pregunta Smith, asomándose.

—¡Si, pasá! —responde la boxeadora con una sonrisa gigante.

Ella se acerca lo suficiente como para que Smith no tenga más remedio que perder sus ojos dentro de su escote.

—¡Papucho, ayúdame! —dice ella con dulzura mirándolo a los labios.

¿Q...qué necesita mi muñeca? —pregunta él mientras lucha por salir de su escote y se relame con los labios de la joven.

—¡Que me ayudes con este problemita de la pelea! Te vi hablando con el árbitro... ¡Porfi!... ¡Decile que me haga un informe livianito! —suplica rozando su nariz con la del periodista.

—¡No, muñeca! ¡Imposible! —se pone serio mientras retrocede un paso— ¡Ese viejo es un hijo de puta! ¡Olvidate!

—¡Porfa, papi! —lo toma de las solapas del saco y coloca su pierna sutilmente entre las suyas— ¡Puedo portarme muy bien con vos por ese favor!

—¡No!... no, bombón —dice él tartamudeando— ¡Ese dinosaurio es insobornable! ¡Lo único que puedo llegar a conseguírte es algo por el lado de la Comisión local, una baja de sanción, por ejemplo, pero con el referí, olvidate!

Ella se fastidia para sus adentros, pero disimula a la perfección. Sabe que lo que el viejo cronista le ofrece también le sirve.

—¡Bueno, amor! ¡Dale entonces! —lo besa en el límite de la comisura— ¡Pero ahora déjame sola que estoy ocupada! —dice alejándose.

El hombre, impávido por el beso, la saluda con la mano y se va. Tembloroso y ensopado, sale raudamente de allí y, en los primeros pasos del pasillo, se choca de frente con Vera, ex pugilista y hermana mayor de la Tigra.

—¡Uy, perdón! —dice sorprendido—. ¡Ah, Vera...! ¿Cómo estás?

—¡Hola, Enrique! —saluda ella— ¿Está usted bien?

—¡Sí...sí, querida! —responde mientras se seca la cara y el cuello con un pañuelo.

—Estuvo con mi hermana, ¿no? —pregunta Vera, avergonzada de ser testigo, por enésima vez, de esta situación.

—¡Sí, fui a... entrevistarla! —responde ruborizado el periodista.

—¡Linda la que se mandó la descerebrada esta!, ¿no? ¡Encima ese viejo que es el Lucifer de los árbitros!—reflexiona afligida la joven.

—¡Tranquila, piba! Veremos en qué la podemos ayudar —sonríe y dice con gesto cómplice— Por lo visto, la Tigra no es como su hermana, que era talentosa y también disciplinada.

—¡No es para tanto, Enrique! —responde avergonzada. ¡Además, eso ya fue! El presente es la tarada esta que no domina sus impulsos... Si quiere ayudarla, mejor ¿por qué no le consigue un psicólogo?

Smith se ríe con ganas. Luego la despide y se va, pero, al hacer unos pasos, regresa.

—¡Ah...! ¡Vera!

—¿Sí?

—¡No me olvide de lo tuyo! ¡Cuando lo tenga, te aviso!

—¿Lo mío? —pregunta desconcertada ella.

—¡Sí! —responde él mientras con los dedos de una mano y la palma de la otra le imita a una persona caminando.

—¡Ah, sí, no se haga drama, Smith! ¡Está todo bien!

—¡No, piba, mereces revancha! Aunque sea, en otro ámbito.

—Enrique... —lo mira fijamente— sin rencores ¡Grábeselo! ¿Sí?

Ambos se despiden levantándose el pulgar, mientras la joven entra al camarín de su hermana, el hombre la mira paralizado y con una sonrisa nerviosa.



Vera busca a la Tigra y parten del lugar. Cuando están en la puerta de calle, Vera se detiene a saludar a una pareja de colegas. La Tigra queda sola a un costado, y ve como el árbitro de su combate está subiendo a su auto para irse. La joven se acerca, e inclinándose provocativa sobre la ventanilla, le hace señas al hombre para que baje el vidrio.

Mientras Vera tiene un pequeño dialogo con sus amigos, observa por encima de los hombros de estos a la Tigra operando sobre el tercer hombre sobre el ring, y deja de prestarles atención a sus interlocutores. Vera despide a sus amistades intempestivamente. Cuando está saliendo, ve como la Tigra se sube al auto del réferi y se marchan a toda velocidad del lugar.

—¡Pendeja de mierda! —masculla furiosa en voz baja.

Vera escucha pasos y descubre la presencia de Ismael, que se acerca observando lo sucedido. La joven lo fulmina con la mirada mientras, impávido, ve como el auto se pierde en la noche.

—¡Boludo! —le grita ella mientras le da un codazo— ¿No era que mi hermana hoy salía con vos?

—¡Bien dijiste!"... salía". ¡Por lo visto, cambió de planes! —responde el joven con la amargura plasmada en el rostro.

### 3

A la mañana siguiente, Vera comienza a desayunar sin la Tigra. Poco después, aparece esta última en escena, y ambas se saludan con un “buen día” repleto de modorra. Pero ese silencio encierra algo más...

—¿Qué le pasó al taxi anoche...se perdió? — arremete Vera.

—¡Sos brava! —responde con una carcajada histriónica la Tigra.

—¿Cómo sería la pregunta? ¿Qué hiciste o que no hiciste anoche?

—¡Ay Verito, tranquila! Nada malo. Solo lo que corresponde para cuidar mi carrera —responde encogiéndose de hombros y toma un sorbo de café.

—¡Tu carrera la cuidás en el gimnasio, Tigra...! — empieza a levantar la voz a medida que avanza en su alegato —¡Querete un poco, por favor!

—¡Bueno, che! ¡Igual no fue un mucho sacrificio...! ¡Convengamos que tampoco es un cuco el viejito! —dice guiñando un ojo la Tigra.

—¿Ah, no es un cuco? —pregunta perpleja la hermana mayor y arremete ironizando: ¡Sí,

definitivamente vos debiste trabajar como bióloga en vez de boxeadora!

—Vera... —corre su taza, se cruza de brazos y la mira fijamente— ¿Vos te crees que en esa postura de abiótica vas a salir adelante?

—¡No me llames así, estúpida! —grita furiosa y señalándola le advierte— ¡Podes llegar por derecha a la cima porque tenés con qué para hacerlo!

La Tigra mira el cielo como buscando explicaciones.

—Nena... —dice esta última mientras toma una galletita y le da un mordisco— esto es como en el ring: sobrevive el más inteligente ¡Por eso yo sigo en el ring y vos estas afuera!

Vera se acerca a su hermana hasta quedar ambas cara a cara con la mesa de por medio. En ese momento, suena el portero de calle y la atención se expande.

—¡Es Ismael! ¡Hacelo pasar, mientras preparo el bolso! —dice la Tigra mal agestada.

Vera la mira resignada y menea la cabeza. Atiende el portero y le abre a Ismael.

—¿Desayunaste? —pregunta la joven ni bien se saludan.

—¡Si!—responde él nervioso y revoleando los ojos.

Ella tuerce la boca hasta arrugar la comisura sin dejar de mirarlo.

—¡Sentate a desayunar, pelotudo! —le ordena.

Vera le trae café, pan y dulce de membrillo, que es su menú preferido. Ismael se sienta y rápidamente pierde la vergüenza para comer con devoción. Vera lo observa y se ríe a través de sus ojos.

La Tigra aparece apurada desde la pieza con intenciones de irse cuanto antes, pero al ver a Ismael sentado desayunado se fastidia. Ismael salta de la silla como un canguro.

—¡Hola, T...!

—¡No, no! ¡Dale, dale que estoy apurada, nene!

—¡Ey! —interviene Vera— ¡Aguantá un ratito! ¡Y vos sentate y come tranquilo!

La Tigra está enojada con Vera, pero le queda más cómodo agárraselas con Ismael, y abriendo la puerta y golpeándola como para arrancarla cuando sale, le dice que es un pelotudo, un inútil y que lo espera solo cinco minutos abajo.

Se hace un silencio sepulcral. Ismael no levanta la vista de la taza y Vera no le saca los ojos de encima.

—En realidad, lo hice para que se fuera, aunque me interesa mucho que comas. Ahora te voy a pedir, que sin ningún chamuyo de los tuyos para proteger a mi hermana, me digas de donde la trajiste anoche a la madrugada.

—¿Yo? ¡No flaca! estas confundida, porq...

—¡Ah...! ¿Y por qué el portero me dijo que a la Tigra la trajo “el amigo de ustedes del gimnasio que anda en la moto grande”? Ismael, te repito: sin ningún chamuyo para proteger a mi hermana ¡Dale, habla!

Ismael la mira aterrado. Siente una tremenda culpa cuando le miente a Vera porque para él es la hermana que la vida no le dio. Se siente la peor mierda del mundo, pero también sabe que, cada vez que delata a la Tigra, la aleja más de él. Medita, después resopla y decide hablar.

—Me llamó a las tres de la mañana pidiéndome que la vaya a buscar a la puerta del bulo al que fue con el árbitro ese —Vera se cruza de brazos y se pone cómoda para escucharlo— ¡El gordo de los pelos teñidos, che...el del apellido imposible de pronunciar ¡¿Cómo es?

—¡Sí, eso no importa! ¡Dale, al punto! — prorrumpe ella.

—¡Bueno! Se pelearon feo y él la dejó a pata en la puerta de un mueble que está al costado de Villa Fortaleza.

Vera sale despedida de su silla, mientras se agarra la cabeza. Después se apoya en la mesada y por varios segundos mira por la ventana pensando su repuesta. Gira y se vuelve a sentar frente a su hermano de la vida.

—¡A ver si entendí bien o a mí los golpes del boxeo me afectaron! ¡Mi hermana te dejó pagando ayer para irse a coger con otro! Y a la madrugada, “la parejita feliz” tuvo una crisis y el caballero la abandonó en la entrada a una villa... ¿Y vos, hecho un Don Juan de Marco, cruzaste todo el pueblo para ir a socorrerla?

—¡Eh...! Sip.

—Ismael —ella pestañea largo de fastidio y después pregunta: ¿Vos sos idiota o hiciste algún doctorado?

Ismael agacha la cabeza.

—¡Querete un poco, Ismael, por favor! —dice persignándose— ¡Deja de perder el tiempo con mi hermana que es una mierda con vos!

—¡Flaca, es tu hermana!

—¡Y es una yegua con vos! ¡Punto! Te pregunto: ¿Cuánto más va a tener que humillarte para que lo entiendas?

Suena el teléfono de Ismael. Mira en la pantalla y ve que es la Tigra. Vera también descubre que la que llama es su hermana. Ismael atiende y la Tigra le dice de todo menos lindo, y que baje ya porque se va sin él.

La Tigra cuelga, y sentada en la escalera que está junto a los ascensores ve como un cartero deja un sobre en su buzón. Sale rápido y lo saca de allí. Al reconocer de la firma que viene, sabe que son pésimas noticias: es de su empresa de telefonía personal. Lo abre y descubre que adeuda tres mil setecientos pesos de consumo, y obviamente, no tiene para pagarlos.



Ismael se levanta y cuando se quiere ir, Vera lo toma del brazo y mirándolo a los ojos le dice:

—¡Isma..., sabés que te adoro y quiero lo mejor para vos! ¡Y mi hermana no es lo mejor para vos precisamente! ¡A ver... hagamos memoria juntos! ¡Decime qué te dio y qué te quitó Mariana!

—¡Vera, no digas eso!

—¡Entre las cosas malas te recuerdo que siendo el mejor “cura —heridas” del país te perdiste una chance monstruosa por esta estúpida!

Él quiere irse, pero ella lo toma del brazo y no lo liberará hasta que termine.

—¡Ey...! —lo toma del mentón para que la mire a los ojos— ¡Por ella terminaste internado y con una causa policial, pelotudo! ¿O ya te olvidaste?

—¡Uh, basta con eso, Vera! ¡Ya pasó! —dice él revoleando un brazo como diciéndole que se vaya al demonio.

— ¡Aunque lo peor no es lo que pasó y me enteré, sino lo que no me he enterado todavía! —exclama perspicaz la joven.

—¡Jamás te escondí nada, flaca!

—¿No?

—¡No!

—¿Y si te digo... “Ropa manchada”?

—...

Ambos se miran fijamente hasta que Ismael se va a toda prisa.

Vera se deja caer sobre la silla, la impotencia y su memoria le hacen caer dos gruesas lágrimas.

“Su teléfono sonando a las dos de la mañana de un martes. La policía informándole que su hermana está detenida por haber sido sorprendida en un local de un shopping, robándose una blusa y que, el sujeto que la acompañaba, un tal Ismael Viña, según se pudo constatar, está internado en un hospital de la zona con politraumatismo de cráneo y otras lesiones de importancia, por la feroz golpiza que recibió del dueño del comercio donde sucedió el incidente y de dos sujetos que lo acompañaban cuando este intentó defenderla. Los miles de tramites frente a las autoridades para que no caigan con todo el peso de la ley sobre su hermana. La fortuna, no disponible, en el abogado. El disgusto, al momento de la liberación, cuando su hermana quiso golpear a los uniformados.

Ambos procesados en la justicia y escrachados en todos los medios. Y su amigo Ismael desfigurado en la cama de un hospital, resignando la chance de, en solo cuarenta y ocho horas, subirse a un avión y viajar rumbo

a Norteamérica para sumarse como “cutman” en la promotora Top Rank del mismísimo Bob Arum.”

## 6

Ismael baja corriendo a toda velocidad y aterrado pensado en las puteadas que le esperan de la Tigra. Cuando él intenta excusarse, ella sonríe y le dice que no hay problema. Ahí, él la mira desconcertado.

Salen a la vereda. Ismael le saca el candado a su moto y mientras la pone en marcha, intenta entender el cambio de humor repentino de la Tigra. Ambos se suben.  l gira y la mira y ella le sonríe mientras le da una caricia.

— Negrita, no estás más enojada conmigo? — pregunta, él temeroso.

— No, tonto!  Ya se me pas  —le da un beso seco en la boca— tampoco era para tanto...!  No?

Emprenden viaje hacia el gimnasio. Mientras Ismael maneja, la Tigra lo abraza muy fuerte de la cintura y apoya su cabeza sobre su espalda. La sonrisa de Ismael no le cabe en la cara.

Cuando Ismael abre la puerta del gimnasio encuentra un sobre en el piso. Lo levanta y mientras descubre su contenido, la Tigra espía por arriba de su hombro. El contenido de la esquila es el sueldo mensual

del joven expresado en un cheque. La Tigra lo sabe con solo ver el sobre de lejos.

Este lo guarda en un bolsillo y avanza en penumbras hasta donde están las luces. La Tigra se queda parada cerca de la puerta, saca de su bolsillo la factura del teléfono y piensa rápidamente un buen lugar “para encontrarla tirada por accidente” y que Ismael pueda verla.

Se prenden las luces. Ismael la mira contento. Ella, sumisa, avanza y cuando está a un paso, suelta bruscamente su mochila sobre una silla y esa misma mano la abre dejando caer la boleta.

—¿Y esto? —pregunta Ismael agachándose casi por inercia y levantando el papel.

—El teléfono —contesta la Tigra con la angustia pintada en el rostro— pero me lo van a cortar porque no tengo un mango —remata, ella, después de sentarse y agarrar su cabeza con ambas manos.

Ismael la mira con empatía. Siente lástima por ella. Cree que es una persona sin suerte, y que, por ejemplo, lo que le pasó en la pelea por el título argentino o esto que le pasa ahora, es producto de su “mala leche para todo”.

—¿Y cuánto es? —pregunta el joven mientras le devuelve el comprobante sin mirarlo.

La Tigra tarda en contestar.

—¡Cuatro mil setecientos! —responde, por fin, mientras sus diminutas lágrimas.

Ismael hace cuentas en silencio. Cálculos absurdos, porque sabe que sume como sume, sacando los gastos fijos, lo que le sobra para subsistir durante el mes es prácticamente lo que la Tigra necesita para saldar su deuda.

El joven le dice que la mañana siguiente cambiará el cheque en el banco y le dará el dinero. Ella lo abraza y lo llena de besos en las mejillas. Él sonrío sonrojado.

—¡Hoy terminamos de entrenar y nos vamos de joda como te debo bebé! —dice la joven mientras con su nariz roza la del muchacho, en un gesto gatuno.



## 8

Smith se dispone a desayunar. No termina de digerir el primer sorbo de café, cuando su teléfono suena.

—¡Bueh... lo que me faltaba para arrancar! — dice resignado al mirar el visor y leer: “Mono Sardinez llamando...”

—Mono... —atiende.

—¡¿Cómo dice que le va a la mejor pluma boxística del país?! —dice, animado, quien realizó el llamado.

—¡Bien, bien, Monito... pero guárdate tu jerga promotora! ¿A qué se debe semejante sobada de huevos a esta hora de la mañana? —pregunta sarcástico Smith.

—¡Eh... relájate, che, que tengo un negociación que te va a encantar! ¡Venite esta tarde, tipo tres y charlamos! —propone el manager.

—¡No puedo, Mono! —contesta cortante el cronista.

—¡Dale Quique! —insiste Sardinez y pregunta— ¿De qué te acordaste ahora para cortarme la cara así?

—¡No puedo, negro! ¡A esa hora tengo una entrevista impostergable!

—¡Quique...yo sé lo que te digo! ¡Te espero a las tres! —reitera el promotor.

—¡Mono: otro día! ¡No puedo en serio, negro! ¡Me juego mucho con esta nota!

—¡Es una oportunidad única, Quique...!

—¡No y basta! ¡Es mi última palabra!

—¡Bueno...! por lo visto...el vicio —con voz grave pronuncia esta palabra— ya no es prioridad.

—...

—¿Qué pasó? —pregunta socarrón Sardinez— ¿se cortó? ¡No cambias más vos!—dice, cada vez, con más ganas el manager.

—¿Y por casa, como andamos? —contragolpea Smith—. Mono, vale la pena, ¿no?

—¡See...tranqui! ¡Seria...! ¿Cómo decirte? "De grandes ligas" —dice en tono intrigante Sardinez.

—¡Aja, bien! ¡Ahora adelantame algo más! —presiona Smith.

—¡No! ¡A las tres, acá! Chau —Se despide tajante y corta.

A Smith, la intriga lo moviliza tanto como para decidir, de inmediato, llamar a la redacción de El Noqueador y dar parte de enfermo para poder tomarse la tarde. Ni siquiera ese mencionado reportaje, por el

que tanto luchó, puede detener la ansiedad del periodista hacia la propuesta de Sardinez.

Pasadas las dos, toma el ómnibus, y cuando todavía le faltaba un kilómetro para llegar, comprueba, según sus cálculos, que llegará tarde a su encuentro con el mítico promotor Julio Mono Sardinez.

Cuando baja del colectivo, recorre el trayecto a las oficinas de Sardinez Boxing a toda velocidad. Mientras camina, aprovecha para enviarle un audio de WhatsApp al mánager y avisarle que está llegando. Pero cuando suelta el botón de grabar, este queda apretado y en suspenso de enviar. Mientras camina, insulta y toquetea nervioso el móvil.

Llega, sube dos pisos en el ascensor y finalmente golpea la puerta del despacho. Mientras espera autorización para entrar, sigue renegando con su teléfono. Del otro lado le gritan que entre y al abrir, ambos hombres se miran cómplices.

—¡Hola, Quique querido! —grita Sardinez eufórico mientras sirve whisky en dos vasos— ¡Pasá, pasá y ponete cómodo, amigo!

Smith saca la atención de su móvil, y observa al promotor desconfiado.

—Mmm...” Quique querido”..., el whisky...  
“ponete cómodo, amigo”...Mono, ¿Qué te traes entre  
manos para falsearme así?

—¡Ehh...! ¡Que feo es lo que decís, che! —le  
entrega un vaso y le hace la reverencia de brindis. Si en  
el fondo... allá a lo lejos... ¡Nosotros nos queremos! ¿O  
no?

—¡Mentira, Mono! ¡A nosotros solo nos unen los  
intereses creados! ¡Dale, larga!

A Sardinez la sonrisa se le desdibuja casi de  
inmediato, pero esto no lo amedrenta.

—¡Ay, Quique, Quique...! ¡Nos conocemos hace  
mil años y ninguno es santo acá! ¡Viniste porque mis  
propuestas siempre te convienen y más aún si hablamos  
de... “vicio”!

Ahí se diluye la sonrisa de Smith. El periodista y  
el promotor se conocen de tiempos remotos, para  
hablar con exactitud, desde los comienzos de ambos, y  
su historia siempre estuvo matizada de desencuentros.  
Pero hace algunos años, estos viejos zorros del boxeo  
comprendieron que, por ser dos consagrados en lo suyo  
dentro de este mundillo, a veces, debían unirse.

El periodista ha descubierto un lujoso reloj Rolex  
Cosmograph en la muñeca del promotor y no dejará

pasar la chance de alimentar ese ida y vuelta permanente de chicanas que hay entre ambos.

—¿Qué puede necesitar de este humilde comunicador un hombre que transita el mundo con un Rolex en su muñeca? ¡El mundo te pertenece, Mono!—  
—dice sonriente Smith mientras hace reverencia con su vaso y toma un sorbo.

—¿Esto? —pregunta el mánager mostrando indiferencia— ¡No, un detalle!

—Dicen las malas lenguas que se lo robaste a un jefe narco mexicano en un almuerzo —dice encogiéndose de hombros horrorizado el periodista.

—¡No, Quique! ¿Cómo se te ocurre? —pregunta denotando inocencia. El hombre se lo olvidó y nunca más nos vimos.... ¿Eso me hace ladrón? —ahora ironiza el manager.

—Si...claro... ¡Me imagino! ¡Y moviste cielo y tierra para devolvérselo! —arremete Smith ahora socarrón.

Ambos se regalan su mejor mirada de falsedad.

—Pero... hablemos de lo nuestro. Te cite para hablar de..."vicio" —reitera el manager.

—Mono... ¡Me imagino que será algo fuera de normal como para que me hagas perder guita! —ironiza incisivo Smith.

—¡Obvio, papá! "De grandes ligas", como te adelanté.

—¿De quién estaríamos hablando?

—Quique: los promotores también nos enteramos de todo como ustedes. Y me contaron que ya no podés disimular tu calentura con una de mis ex representadas...

—¿Con quién?

—¡Dale, viejo! no la camufles conmigo. La Tigra Lozano.

—¡Sí... sí, como tantas otras! —contesta el periodista que, nervioso, casi derrama su whisky.

—¡Epa, Quique, tranquilo! —se acerca y le habla por lo bajo. Sé que te saca guita y favores a cambio de que, en algún momento, te los pague "en especias"... ¿o me equivoco?

Smith se acerca, y responde con mirada suplicante.

—¡Mono, así me mate, quiero encamarme con esa pendeja...! ¿Soy claro?

—¡Como el agua! —prende un cigarrillo. Escúchame bien. Quiero que la Tigra vuelva a mi promotora. Esa mocosa nació para ser campeona mundial y la quiero acá. Conmigo.

—Pero no te puede ver ni en figurita, Mono ¿O te olvidaste todo lo que le choreaste cuando recién pasó al profesionalismo? —le recuerda el cronista.

—¡Si, ya sé que me odia! No necesitás recordármelo. Pero si puedo obligarla, no va a tener opción.

—¿Y en qué pensaste? —pregunta Smith, mientras alterna la atención con su teléfono.

—¡Fácil! Conociéndola como la conozco, la Tigra quiere ya la revancha por el título argentino pluma. Pero, para hacerlo ya mismo, necesita que la Comisión de Box le saque la suspensión que arrastra de su última pelea. Si vos tocás tus influencias ahí adentro, sabes que se lo conseguís. Y te garantizo por una buena fuente que, si negociás esto con ella, terminan en la cama.

La cara de Smith se ilumina y Sardinez lo percibe. Y es por eso que hace una pausa breve para reponer whisky en los vasos y prosigue.

—Una vez que hagan negocio entre ustedes, van a ir a un hotel ¿no? Y con una cámara que yo te voy a dar,

la vas a filmar teniendo acción con vos. Con ese video en mi poder, va a tener que firmar contrato conmigo sí o sí.

—¡Ah, qué hijo de puta sos!

—¡Sin moralismos, viejo! —interrumpe el promotor mirándolo fijo. A todo esto, yo por mi lado seguiré intentando levantarme a su hermanita Vera. Y si no me la puedo comer por las buenas, tal vez quiera salvar a su hermanita y acceda por las malas.

—¡Dejá a esa piba en paz, Mono, ya bastante mal la pasó; Además...

—¿Además qué? ¡Yo no tengo la culpa de lo que le pasó en el ring!

—En el ring no, pero le hiciste la vida cruda en la Selección y como empleada no la trataste mejor.

—¡Ey! ¿Qué pasa, Quique? ¿Te agarró culpa por haberla destruido en su momento y ahora le haces de abogado?

—¡No, nada que ver! Pero me parece que ya estaría con Vera ¿no? —pregunta Smith.

—¡Sí! —insiste el promotor— definitivamente estás en abogado. Aunque, pensándolo bien... estás en padre protector, que es peor. Y una prueba de eso es que estás moviendo cielo y tierra para conseguirle trabajo como modelo...



—Bueno, ¿me llamaste para cuestionarme o para hacer negocios? —prorrumpe ya visiblemente molesto el comunicador.

—Está bien, tenés razón —reconoce Sardinez— pero pensá, Quique que, de ahí en adelante, con ese video que te propongo, los dos vamos a tener comiendo de la mano a estas pendejas que tanto nos vuelan la cabeza.

Ambos hombres se miran en silencio por varios segundos.

—¿Y? ¿Qué me decís? —lo apura Sardinez.

Smith medita, aunque no demasiado.

—¡Hecho! —responde estrechando su mano con Sardinez.

—Eso sí, Quique...—dice el promotor frunciendo el ceño y riéndose cómplice— ese camión te liquida cuando te agarre.

—¡Tranquilo, Monito! —le habla al oído— invité a “Papá Pitufo” a la fiesta.

Ambos se ríen a carcajadas y terminan pactando que después de que Smith avance con su parte del plan, Sardinez entrará en acción.

Llegan a la puerta de salida para despedirse.

—Ahora pará, respóndeme algo, Quique...

—¿Qué?

—¿Qué carajo te pasa que desde que llegaste estas renegando con el teléfono?

—¡Uh! ni me hables. A ver... ¡Ayúdame con este teléfono de mierda, querés! Te mandé un audio cuando venía y desde ahí que no puedo destrabar el botón de grabar.

—¡Ay, hermano! —se lo quita de un zarpazo— vos sí que sos un peligro. Grabaste todo lo que hablamos acá... ¡Si esto se filtra terminamos en cana, pelotudo!

Sardinez logra destrabarlo y el mensaje obviamente se graba en el teléfono de Smith y se envía al suyo. Lo borra del móvil del periodista. Ahora solo falta que haga lo mismo en el propio para eliminar toda evidencia.

Se despiden.

—¡Ah, Quique! —dice Sardinez mientras este está abriendo la puerta.

—¿Sí?

—Haceme un favor ya que vas a ver a esta piba —Smith lo mira desconcertado— mándale saludos al “perrito faldero” de la Tigra.

—¡Pero como no le voy a mandar saludos a un amigo entrañable tuyo como Ismael Viña! —responde sonriente el periodista.

—¿Se enojó conmigo y no sé porque, che! —dice el manager poniendo cara de asombro.

Ambos se ríen otra vez a carcajadas, pero ahora a los gritos.

A la mañana siguiente, Smith se presenta en la Comisión de Box y, gestiones turbias de por medio, consigue desafectar a la Tigra de la suspensión. Sale de allí y se va de inmediato para el entrenamiento de la pugilista.

Cuando Smith entra al gimnasio, ella está haciendo manoplas con Ismael. Al verlo, la Tigra se fastidia, mientras Smith le regala su mejor cara de mascota feliz. Ella lo mira a Ismael y con los ojos le ordena que se vaya. Pero Ismael se hace el desentendido y obliga a la Tigra a ser más específica.

—¡Ándate, Ismael!

El asistente mira con rabia al periodista, que con una mirada cargada de ironía y moviendo la cabeza lentamente, le dice que se vaya. El asistente está furioso y el periodista se siente ganador de este round. Uno más de los miles que disputan ambos desde siempre por la Tigra. Los dos, ante todo, son de la misma especie masculina y pueden leer entre líneas las intenciones del otro.

Ismael esta perdidamente enamorado de la Tigra y, si bien vive y respira para esta, puede dilucidar las

visibles intenciones de un viejo depredador como Smith, que perdió las mañas para esconder sus colmillos ante una hermosa presa como la Tigra, pero no de otro cazador como Ismael. Aunque notarlo no sea ninguna hazaña, porque con solo observar a Smith un segundo como mira a la boxeadora, alcanza y sobra para descubrirse la desmedida atracción sexual que siente por ella.

Su rivalidad nunca pasó a límites graves en lo absoluto. Porque los dos prefieren una guerra fría cargada de cruces dialécticos. La estrategia de Smith dentro de su actividad es destruir en sus escritos a los boxeadores que Ismael asiste. O la guerra de gestos, el medio más utilizado por el asistente de ring, que cuando sus boxeadores terminan sus combates victoriosos, este lo busca en el palco de prensa al periodista y con su dedo simula escribir en la palma de su mano como diciéndole “anoté esta”. O como cuando la gente ovaciona a su pugilista ganador y mientras es nombrado por la voz del estadio, el joven lo mira disimuladamente al comunicador y se lleva la mano a la oreja como diciéndole “escuchá la gente”.

Todo vale para indisponer al otro. Por eso, este gesto de Smith de que se vaya, y con la mujer de la

discordia presente, para el periodista es como contar un round a su favor puntuado con un diez a ocho por caída sobre la lona.

—¡Hola, muñeca! —saluda el hombre.

—Hola —contesta ella hostil mientras se desprende los abrojos de sus guantes.

—¿Sabes una cosa? Algún día, vos y yo vamos a hacer manoplas —dice Smith sonriendo y mirándola de arriba a abajo.

—¿Ah, sí? ¡No me digas! —responde con una suave risita sarcástica la boxeadora.

—Si...entre otras cositas, bellez...

—Enrique —interrumpe ella— estoy re apurada ¿Qué querés?

—¡Eh, che! ¿Este humilde admirador te trae un regalito y lo tratas mal? —dice el hombre mientras saca lentamente el documento de la baja de la sanción.

La Tigra se percató por las voluminosas letras del título de qué se trata y su expresión cambia de manera instantánea. Allí ella usa sus ademanes y modales más sensuales para acercarse al hombre.

—Estoy apurada, pero bueno... dale —dice esta mientras tira el manotazo para quitarle el escrito.

—¡No, muñeca...! —dice él retrocediendo. Si la nena quiere esto para poder tener su revancha ya, lo va a tener que pagar y... ¡Muy bien!

La Tigra se acerca lento, y cuando quiere acariciarlo, Smith emprende la retirada.

—¡Chau, linda! ¡Cuando te decidas, avísame!

—¡No, para! —dice ella a desgano— está bien...  
¿Cuándo?

Él sonrío pícaro a sus espaldas. Después, gira para contestarle mirándola.

—Este viernes cubro el festival de La Candela. No encontramos ahí antes de empezar.

—Dale, ahí nos vemos —responde ella con una gran alegría fingida.

Cuando se cierra la puerta del gimnasio con Smith del otro lado, a la Tigra la sonrisa se le borra al instante y se enfurece mientras refunfuña para sus adentros. En ese momento escucha pasos a sus espaldas. Mira y descubre que es Ismael y se fastidia aún más. Ella le ordena con señas que le quite las vendas. Él no puede dejar de mirarla.

—¿Qué quería el viejo impresentable este?

—¡Nada que te importe a vos!

—Ok... —contesta él mientras menea la cabeza afirmando—me voy a meter en mis cosas entonces, ¿Por qué me dejaste pagando anoche?

—¿Porque se me dio la gana? —pregunta altiva ella mientras enrolla apurada sus vendajes y sonrío con aires de superación.

—Claro —ahora sonrío él— ¿Cómo se te antojó llamarme a la madrugada pidiéndome ayuda?

Ella le da la espalda mientras se desata sus botas arriba de una silla. Al escuchar esto último se queda inmóvil por un momento. Luego, se acerca hasta quedar frente a frente con el joven.

—¡Ismael, grábatelo acá! —toca su frente con un dedo—no te doy explicaciones porque no sos ni mi novio ni el que me banca los vicios... ¿sí?

—¡Ey, para! —grita él y abre los brazos— ¿Te bañas y salimos?

—No, hoy no —sonrío picara— ¿Lo dejamos para otro día? ¿sí?

Ella se aleja sonriente y tirándole un beso soplado, mientras él la mira impotente sin poder contestar. Cuando la Tigra se mete en zona de vestuarios Ismael descarga toda su furia contra una bolsa.



Se sienta por algunos minutos para pensar. Después, resignado por no sacar nada en limpio, y angustiado por los malos tratos de la Tigra, decide emprender la retirada.

Sale del gimnasio justo cuando empieza a lloviznar. Camina a paso cansino bajo el agua las dos cuadras que lo separan de la parada del colectivo. Cuando llega y sube, descubre que no tiene con qué para pagar el viaje porque se olvidó su billetera. Embroncado, baja y vuelve por ella.

Entra al gimnasio y va hasta el vestuario de hombres. Abre su casillero y toma su billetera. Cuando va saliendo pasa por la puerta del vestuario de damas y escucha el ruido de una ducha abierta. Mira hacia arriba y ve el vapor salir por el ventiluz del recinto. Ahí recuerda que todavía está allí la Tigra. Pero también toma conciencia de qué está haciendo ella allí. Su corazón comienza a latir como si se le fuera a salir. Sin hacer ruido, agarra una silla del gimnasio y la coloca junto a la pared, justo a la altura de la ventana. Se para sobre ella y, por fin, descubre lo que siempre soñó. La silueta de ella completamente desnuda y brillante por la

humedad y el vapor; mientras el jabón recorre sus curvas a causa del tránsito del agua por su cuerpo. Ismael esta embelesado observándola. Ella moja bajo el chorro su rostro y después su cabeza. Cuando siente su cabellera pesada, la tira hacia atrás con fuerza y el chicotazo de su melena golpea en su espalda, haciendo que el agua caiga por sus nalgas. El tiempo y la tierra se han detenido para Ismael, pero el sonido de un teléfono lo regresa a la realidad. Se asusta por un instante, hasta que descubre que no es el suyo el que suena, sino el de la Tigra. Ella sale de la ducha y seca sus manos con la toalla. Toma el teléfono y al descubrir quien llama, sonrío. Luego atiende. “¡Hola lindo! Si... estoy libre... dale, en un ratito nos vemos, dale...Obvio que si... ¡Claro!... cuando veas lo que me compré para vos te morís, si... ¡Si... dale, dale...dame un toque y ya nos vemos... ¡chau! “.

Cuelga, mira el teléfono con una mueca de desagrado y lo tira dentro de su bolso. Vuelve a la ducha.

Ismael se enfurece y le da una patada a la pared perdiendo equilibrio sobre la silla. Esta se cae y el hombre queda colgado por sus brazos de la pared. La Tigra se asusta por el ruido y con un grito pregunta quien anda ahí. Ismael huye despavorido del lugar. Ella

sale envuelta en su toalla y con un palo, pero se tranquiliza al ver que solo es una silla que se ha caído. Vuelve al vestuario, pero se frena y mira la silla sin entender demasiado lo sucedido. Sin perder tiempo, entra al vestuario y se prepara para su cita.

Ismael corre bajo la lluvia a toda velocidad hacia la parada del colectivo y llega justo cuando este está arribando. Luego de subir y sentarse, le lleva varias cuerdas apaciguar la agitación por el susto y el esfuerzo.

Un tramo después, cuando ya está recuperado, sonrío cómplice, en silencio, y su corazón vuelve a bombear progresivamente recordando de lo que sus ojos fueron testigos solo un rato antes.

Son casi las nueve y Vera prepara la cena para ella y su hermana. Mira el reloj y, al ver la hora, se fastidia imaginando los porqués de la tardanza de la Tigra.

La Tigra entra justo cuando Vera está poniendo la mesa. Sonriente y con las manos llenas de bolsas que se reparten entre marcas de prendas deportivas y de gala, saluda a su hermana. Vera, al descubrir lo que trae en su poder, solo atina a revolear la cabeza.

—Soy muy boluda si pregunto cómo compraste todo eso, ¿no? —pregunta Vera dándole la espalda en la cocina.

—¡Ay hermanita...! vos sos boluda, pero por otras cosas—responde la pugilista.

—¿Quién es? —arremete la hermana mayor.

—Un chongo trajeado y generoso, Verito —dice revoleando los ojos con picardía.

Vera deja lo que está haciendo, respira hondo y se da vuelta lentamente.

—Decime que no es ese diputado viejo con cara de iguana que...

—El mismo —sentencia animada la menor de las Lozano.

—¡Dios...! —se tapa los ojos— todavía no descubro si vos lo que no tenés es vergüenza o estómago —se queja Vera.

La Tigra se siente cómoda en esa postura. Sabe que con esas devoluciones relacionadas al sexo logra desencajar de ira a su hermana.

—¡Ay, hermanita...! cada una en la suya. Para mí, la vida es como el boxeo mismo. Si en el ring puedo ganar de una piña, ¿Para qué me voy hacerme cagar a trompadas? Esto es lo mismo. La vida del boxeador es corta, y hay que escalar rápido. Si no fijate —señala las bolsas de ropa— ¿Voy a arrastrarme por un sponsor miserable cuando por un mínimo “gesto de simpatía” consigo el doble?

—Eso no es lo que te enseñaron los viejos, Tigra...

—Claro, si... Y así están ellos por moralistas. Cagados de hambre...

—¡Cuida la jeta, pendeja —interrumpe furiosa Vera— sino querés perder los dientes!

—Verito...deberías alegrarte por mí. El viernes, con otro “gestito de simpatía” consigo la revancha por el título nacional.

—¿De qué hablas, boluda? ¡Si estás suspendida...!

—El viejo Smith. El periodista de El Noqueador. Me consiguió la baja de la suspensión y eso me habilita para la revancha por el título argentino. ¿Y a cambio de qué? de nada... ¿Cuánto me puede aguantar el adefesio ese cuando me le suba arriba?

—¡Ay, no! ¿Te vas a voltear a ese viejo que podría ser tu abuelo? ¡Sos patética, querida!

—¡No me rompas las pelotas, Vera! —prorrumpe con el rostro sombrío. Mírate un poco vos. Dejaste el boxeo y se te terminó el mundo. Te convertiste en una bolsa de complejos. Como chica de ring buscaste la excusa de la caída del ring para borrarte, pero conociéndote, tu problema era mostrar el culo.

—¡Basta, Tigra! Sabes bien que eso se terminó por una tragedia —implora Vera mientras respira hondo.

—¿Tragedia? —pregunta riendo sarcástica— papelón dirá yo. Pero tranquila, porque pensándolo bien, mejor que lo dejaste porque es un laburo para gatos fracasados.

—¡Córtala, Mariana...!

—Y un maridito viejo del ambiente para que te banque, tampoco. ¡Y mira que te llovieron propuestas! Pero ella no, ¿Por qué? ¡porque es una Heidi!

—¡Basta, Tigra! —repite en tono más firme.

—Y hacerte modelo no puedes sin contactos, pero tampoco usas tus atributos para conseguirlos.

—¡Basta!

—Vera, no tenés muchas opciones: o usas esta —le toca la frente— o usas esta —le señala su parte púbica— o te transformás en una abiótica...

El cachetazo de Vera se estrella integro en la mejilla de la Tigra.

—¡Ya te dije mil veces que no me llames así, pelotuda!

—¡Vamos a ver quién llega más lejos! —dice la Tigra con los ojos llenos de lágrimas mientras abandona el comedor.

Al despertar, la Tigra descubre que el espejismo terminó y no tomó ciertos recaudos importantes. Si bien nutrió su vestuario a su antojo, no le sacó a su festejante dinero para los gastos inmediatos, como, por ejemplo, pagar su deuda telefónica dentro de las próximas veinticuatro horas o se lo cortarían. Y su única solución es engatusar, por enésima vez, a Ismael para que le dé la suma que le prometió en su momento. Piensa que no será fácil. Cree que lo ha humilló demasiado esta vez. Pero confía en su potencial femenino para revertir la historia.

Desayuna al pasar y se va a entrenar. Se dirige a la planta baja del edificio y al levantar la vista, descubre a Ismael arriba de su moto junto al cordón de la vereda. Él sonríe de emoción, ella, de alivio. A él su mirada lo derrite, a ella, le soluciona el inicio del día, pero no su sonrisa, sino su moto.

Durante todo el camino la Tigra se muestra animada y cariñosa con Ismael. Él está dolido por lo sucedido, pero empieza a esfumarse ese sentimiento en su interior al recibir la invitación de su Negrita para salir después del entrenamiento.



Terminan de entrenar y, mientras se van todos, Ismael ayuda a la Tigra a sacarse vendajes, guantes y cabezales.

Ismael ahora es su entrenador interino hasta que ella pueda conseguir uno nuevo, a pesar de que, para él, realizar este trabajo es aburrido y monótono. Pero es su Negrita y por ella hará cualquier cosa, no solo para complacerla, sino también para seguir alimentando la chance de que, algún día, ella lo valore y se fije en él.

Cuando terminan, le dice que mientras ella se ducha y se prepara, él irá hasta su casa para hacer lo mismo. Ella se mete bajo el agua durante un cuarto de hora. Sale envuelta en una toalla y con otra se seca el cabello. Está animada. Quiere saldar con Ismael lo que le debe, que a decir verdad sabe que es mucho. Hasta reflexiona y siente que debe ser mejor persona con él.

Se pone la ropa interior y va hasta su casillero, que cuenta con dos compartimentos. En el superior guarda efectos personales, productos de belleza y una bolsa muy prolijamente cerrada. Mira el estante inferior y allí hay una muda de ropa más de entrecasa, un look más bien sencillo. Un jean ajustado con las rodillas gastadas, un par de zapatillas deportivas y una camisa de manga corta, color, negra adherida al cuerpo. Retira

todo y lo pone sobre el banco que ocupa. En ese momento llama su teléfono. Mira en la pantalla y dice: “Diputado llamando...”. Sonríe cómplice mientras recuerda lo fácil que le sacó réditos monetarios a este sujeto la última vez que se vieron. Un paseo por el shopping comprando toda la ropa deseada a su paso. Una suculenta merienda en la cafetería más refinada de la ciudad, para después visitar un hotel transitorio para un supuesto encuentro sexual íntimo, que se vio trunco por el somnífero que ella colocó en la copa de champagne del funcionario en el brindis previo. Él durmió como un bebé, mientras ella con astucia escapó del hotel sin que nadie lo notara.

Mira el teléfono mientras suena, pero no atiende. Lo deja sobre el banco y se viste. Cuando termina, va hasta su casillero para arreglarse un poco en lo estético. Suena otra vez su móvil y voltea para mirarlo. Después de dejarlo sonar un par de veces más, al mismísimo aparato que está en peligro de corte de línea por deuda, salta sobre él con un zarpazo. Descubre que es quien llamó hace un instante. Se retrotrae en atender. Piensa en Ismael y asoma un sentimiento de culpa. Finalmente atiende, y después de un coqueteo mutuo, arregla para que la pase a buscar en diez minutos. Se desnuda integra

en un santiamén y saca del estante superior la bolsa que estaba cerrada y guardada con la mayor prolijidad. La abre y su cara se enciende cuando tiene entre sus manos las prendas que contiene el paquete. Short diminuto de animal print, musculosa negra y botas cortas de gamuza. Se viste, se maquilla y se perfuma en tiempo record, para acto seguido salir despedida de ese gimnasio como un bucal que, por un golpe, vuela desde el cuadrilátero por un golpe hacia el ring side.

Sale a la vereda justo cuando un lujoso descapotable oscuro frena en la puerta del recinto pugilístico. Ella le sonrío al conductor que, mientras activa el cerrado del techo del automóvil, le guiña el ojo y le hace señas de que suba. En ese momento, Ismael dobla en la esquina y se encuentra con la postal. Grita para capturar la atención de la joven, pero ella solo atina a mirarlo y a regalarle una sonrisa nerviosa mientras se está subiendo al auto. Este acelera y se pierde en la primera esquina.

Ismael mira petrificado como su chica desaparece en la oscuridad. Por varios segundos está allí, parado y con la vista perdida en la nada. Luego comienza a reprimir su llanto, aunque las abundantes lágrimas bañen sus mejillas. Deja caer la rosa roja que traía para ella, con esfuerzo levanta un pie y la pisa. Después, comienza a restregar el pie contra las baldosas hasta despedazar la flor. Retrocede sobre sus pasos hasta que el escalón del gimnasio le queda a sus espaldas y lentamente se agacha hasta sentarse. Luego gira y se arrastra hasta encontrar donde apoyar su espalda. Cierra los ojos y después de varios flashes mentales, la cinta de la confidencialidad se atraviesa sin permiso.

“La llamada telefónica una siesta de domingo con la voz de una mujer preguntando si él es Ismael, mientras otra voz femenina le dicta su nombre en monosílabos a la primera y una tercera voz, también de mujer, gritando que la piba está muy mal. Él responde que es quien pregunta y la voz al teléfono le dice que vaya a buscar, ya mismo, a Mariana.

Él pregunta qué pasa mientras sale a la calle y ocupa un taxi. El nerviosismo de la voz interlocutora es tal, que no puede hacerse entender con el dato de la dirección. Él pregunta una y otra vez a donde va, pero se distrae cuando escucha a una de las voces de fondo decir que la piba sangra mucho y no pueden pararla (la voz de Vera preguntándole: ¿Y si te digo ropa manchada? se entremezcla en el recuerdo)

Él pregunta que le sucede y la voz receptora le pide que venga ya en un auto y que si no se apura la dejan sola a su amiga. Él suplica que no lo hagan, que lo esperen a que llegue.

Se reclina sobre el asiento por un momento y recuerda los vómitos de algunos días antes por una supuesta mal deshidratación para un pesaje. Ahí le cierra todo.

Llega al lugar y le pide al taxi que lo espere para volver, pero ni bien le paga el viaje, este desaparece a toda velocidad.

Golpea y cuando abren entra atropellando todo a su paso. Se asoma a una pequeña habitación con mucho olor a humedad, y se encuentra con la peor fotografía. La Tigra recostada sobre una cama, rodeada de toallas ensangrentadas y su cuerpo ensopado por la fiebre.

(Otra vez la voz de Vera lo invade preguntando: ¿Y si te digo ropa manchada?)

Dos de las voces que hablaban al teléfono le ordenan a los gritos que la saque de allí. Él les dice que no tiene en qué, hasta que la voz principal al teléfono pide calma y le dice que los sacará de allí en su auto, pero que los dejará a un par de cuadras de un hospital.

Llega corriendo con ella en brazos y se las entrega a los médicos para que la salven, con la condición de que después de parar este desastre denunciará a los responsables. (Una vez más, la voz de Vera preguntando: ¿Y si te digo ropa manchada?)

Dos días después, cuando ella ya se encuentra fuera de peligro, la visita fuera de horario y la ayuda a fugarse de allí. Será imposible localizarlos porque ella ingresó a ese nosocomio con un nombre falso.”

Todo eso había sucedido mientras Vera se encontraba de vacaciones en su pueblo natal. Durante esos días, la joven intentó comunicarse con su hermana y su amigo, pero ninguno de los dos contestaba sus llamadas. La Tigra se alojó en lo de Ismael mientras se recuperaba y, como esta sabía que día volvería su hermana, la tarde anterior regresó a su domicilio. También la Tigra, más acostumbrada a convivir con la mentira, fue la encargada de responder frente a su hermana, aunque la excusa no fue muy brillante: a ella y a Ismael le robaron los bolsos en un festival y en ellos se fueron sus teléfonos.

Pero a Vera, este cuento no le cerró, ni siquiera al ver a ambos con teléfonos nuevos.

Por eso, ya de regreso e instalada, comenzó a investigar. Conocía como nadie a su hermana y a su amigo y sabía que algo ocultaban.

La pata más vulnerable para resolver el misterio era Ismael. Este era incondicional a su amiga Vera y lo atormentaba mentirle. Y Vera esto lo sabía. Aunque esta vez el joven, a pesar de los continuos aprietes de su amiga, sacó fuerzas de donde no tenía y fue una tumba,

porque entendía que lo sucedido en su ausencia fue extremadamente grave. No quería ser partícipe de una posible debacle entre las hermanas de la que pudiera salir salpicado.

Después de agotar todos los recursos psicológicos posibles, Vera fue más allá. Un día se apareció por sorpresa en el entrenamiento de la Tigra, y mientras su hermana e Ismael trabajaban, tomó del bolso de su amigo la llave su casa y se fue hacia allí. Quería ver qué podía encontrar como evidencia sobre el misterio de estos “descerebrados”, como ella los cataloga a ambos cuando andan “juntos y misteriosos”.

Cuando entró al departamento del muchacho, recordó que contaba con un buen rato disponible para registrar el lugar, porque no solo recién empezaban con la rutina matutina, sino también porque, cuando Ismael estaba con la Tigra, a se olvidaba del mundo.

Mucho no tuvo que indagar porque, en la pileta de su patio externo, encontró una muda de ropa femenina húmeda, repleta de manchas y con olor a podrido, que argumentaba que esas prendas llevaban mucho tiempo allí. Vera no pudo comprobar si las manchas eran de sangre porque era ropa de color negra,



ni tampoco por el olor, porque todo nadaba en lavandina.

También Vera se tomó el trabajo de averiguar qué festivales de boxeo hubo en la ciudad y la zona durante su ausencia y en ningún registro figuraba actividad por parte de su hermana y su amigo asistente.

De allí en más y, con estas pruebas, Vera persiguió una y otra vez a Ismael para que le explicara lo sucedido en su ausencia. Después de una batería de excusas absurdas, el joven, cada vez que era nuevamente interrogado por la hermana de su enamorada, se llamaba a silencio.

Durante un buen rato, Ismael permanece absorto en sus pensamientos. La desilusión con la Tigra por un nuevo y humillante desprecio, el ocultamiento de la verdad, infinitas veces, a Vera y su ínfima autoestima diciéndose que no puede vivir sin “su amor imposible”, son los temas que se roban la paz de su mente y alma.

Después de llorar sin consuelo por un buen rato, decide irse con su pena a otro lado. Está tan consternado que olvida que su moto está dentro del gimnasio y emprende camino hacia la parada del colectivo.

Llega, se sienta y espera el arribo del micro. Mientras aguarda, descubre que enfrente hay un bar abierto y decide que algo fuerte es una buena opción.

Una hora después, comprueba que, sin una gran cultura alcohólica, el estómago vacío y angustiado por amor, cinco whiskys son una borrachera monumental.

Sale de aquel bar y decide que lo mejor es caminar dos cuadras hasta el gimnasio y quedarse a dormir allí. Está borracho, pero todavía consiente como para darse cuenta de que en ese estado es imposible manejar.

Al llegar a la primer esquina observa como en la vereda de enfrente, de un lujoso auto baja un hombre que él conoce, y que acompañado de una hermosa señorita está entrando a un hotel transitorio.

Ese hombre es el Mono Sardinez. Mientras la pareja va ingresando, a Ismael se le instala en su cerebro la risa socarrona de ese hombre el día que salió el veredicto por el juicio laboral que él le inició y la justicia fallo a favor del promotor que se había declarado insolvente.

Ismael lo mira petrificado mientras empieza a jadear de la ira y la caja de los recuerdos se abre.

“Sardinez riéndose a los gritos frente a su cara, la de su amigo y colega Luis Tato Herrera y de los otros dos integrantes del por entonces equipo de promotor. Todos ellos furiosos intentado golpearlo y fajándose con los policías del juzgado y un par de gorilas que llevó Sardinez presagiando la hecatombe.”

Ismael se esconde detrás de una pared mientras Sardinez desaparece de su vista. Piensa que destrozo es el más indicado para su auto y cual lo expone menos ante la vista de todos.

Se decide y cruza sigiloso. Va por la parte trasera del vehículo y frena junto al palo de luz que encandila la

hermosa máquina. Le da una patada seca y se apaga. Ahora, con la zona en penumbras, se siente más resguardado. Se acerca y le desinfla las gomas del lado de la calle para no correr riesgo de que lo vean desde adentro del hotel. Mira para todos lados y descubre demasiado silencio, entonces redobla la apuesta. Saca sus llaves del bolsillo y con la punta de un cortaplumas que siempre lo acompaña perfora la goma trasera.

Después, se levanta con sutileza y con la misma cortapluma empieza a caminar alrededor del coche rayándolo todo a la altura de los picaportes de las puertas. Se prepara para emprender retirada, pero se retrotrae y le arranca el limpiaparabrisas, que es de esos que limpian todo el vidrio de una vez. Mientras lo está arrancando, escucha un grito de alto a sus espaldas, pero sin darse vuelta, sale corriendo a toda velocidad.

Llega la puerta del gimnasio, y del susto o tal vez por la fortuna, mete la primera llave que puede del manajo y abre la puerta. Entra y cierra con una vuelta de llave. Jadeando al extremo se apoya con los brazos extendidos contra la pared. Cuando sus pulmones empiezan a recuperar aire, se siente animado, pero ahí florece de su interior un abundante vomito. Y enseguida otro más, pero en menor proporción. Se seca con la

mano y camina hacia una colchoneta ubicada en el medio del salón. La mira por un instante y se deja caer para dormirse profundamente apenas unos segundos después.

Vera se despierta con el ruido de la llave de la puerta de calle. Sin prender la luz, mira la hora en su teléfono y lee las cinco y media de la madrugada. Se levanta de la cama de un salto y espía, y ve a la Tigra entrando en punta de pies con los zapatos en la mano hacia su dormitorio y cantando de felicidad. Vera sonrío cómplice.

Se vuelve a acostar y en la oscuridad de su cuarto empieza a alegrarse por Ismael. Tanto como para agarrar su teléfono y pensar en mandarle un mensaje de felicitaciones a su amigo. Pero se frena. Piensa en frío y siente que sería un acto de extrema falsedad, porque lo último que ella quiere es que esa relación prospere, y él lo sabe. Ahí es donde empiezan a florecerle las sensaciones encontradas. Por un lado, por Ismael, y hasta por su hermana que llegó de buen humor por pasarla supuestamente muy bien con él, pero por el otro, considera un pésimo partido a esta para Ismael, a quien ella define como el mejor ser humano que conoció y conocerá en toda su vida.

Finalmente, se recuesta de costado y, contrariada, se vuelve a dormir.

Cuando Ismael se despierta sobre la colchoneta donde se quedó dormido, lo primero que descubre es que la manchó con una gran aureola de saliva. Con el antebrazo se limpia los restos que quedaron en su boca y se sienta por algunos segundos para ubicarse en tiempo y espacio.

Recién ahí saborea la crueldad de una resaca por borrachera. Su estado es calamitoso. Se le parte la cabeza y su aliento podría matar a una alienígena. Mientras se pone de pie y se despereza, mira la hora en el reloj de pared que marca las siete y veinte de la mañana. Está a cuarenta minutos de tener que abrir el gimnasio.

Se mete a la ducha por espacio de un cuarto de hora para reponerse. Sale y se viste con ropa ligera: musculosa, short y ojotas. Cuando camina hacia el salón de entrenamiento para preparar el mate, una sombra en el vidrio de la puerta de calle y el ruido de la hendidija de las cartas lo ponen en alerta. A medida que se acerca descubre cómo un sobre blanco cae sobre la alfombra de felpa negra de la entrada.

Toma el sobre por el reverso y lee sus datos personales. También descubre que la estampilla es de otro país. Al leer el anverso, le desconcierta entender que sea quien dice ser. Sorprendido rompe el sobre por un extremo y retira la carta. La abre y lo primero que ve es el logotipo tradicional de una entidad boxística de nivel internacional. Esa clásica imagen con fondo negro y barras doradas con la silueta en blanco de un boxeador arrojando un golpe. Es la promotora que lleva como nombre el apodo de su creador, ese mayúsculo ex múltiple campeón mundial, Mexicoamericano.

Lee el encabezado con fecha de dos días antes y origen en Los Ángeles, Estados Unidos.

“...Estimado Ismael Viña: por intermedio de la presente, queremos convocarlo para sumarse a la familia de G.B. Promotions.

Ha surgido una vacante como Asistente de Ring en nuestra dependencia de ciudad de México y nos gustaría contar con sus servicios allí. Cabe destacar que, en primer término, convocamos a su compatriota y colega Luis Tato Herrera, quien se había postulado hace un buen tiempo para este puesto, al citarlo nos manifestó no estar disponible actualmente para aceptar nuestra propuesta y nos recomendó a usted para



desempeñarse en esta función. Tampoco podemos dejar de destacar que, al estudiar sus antecedentes laborales, hemos arribado a la conclusión de que usted encaja con el perfil de profesional que estamos buscando...”

La carta termina diciendo que, de interesarle la propuesta, debe contactarse con ellos dentro de las próximas veinticuatro horas de recibido este comunicado al número telefónico que aparece en el final de la esquila, despidiéndose y firmado tanto por el presidente como por el fundador de la entidad.

Ismael se deja caer sobre una silla y tira el telegrama sobre la mesa. Empieza a temblar de la emoción hasta explotar en llanto. Llora de emoción, porque el boxeo le vuelve a brindar una nueva chance en las “grandes ligas”. Esa con la que soñó desde el mismísimo día que decidió convertirse en cura—heridas o cutman, como le llaman sus futuros patrones .Esa que por negligencia o estupidez ya quedó trunca una vez. Y ahí florece el recuerdo de la persona responsable por la que no fue a “La meca del boxeo mundial” aquella vez y su imagen yéndose la noche anterior con ese del auto lujoso, riéndose en su cara y humillándolo al extremo. En ese momento deja de llorar abruptamente y saca una foto de ella de su billetera. Una

imagen de tres cuarto cuerpo, sonriente y esplendida. La mira por varios segundos y se tira sobre la mesa a llorar desconsolado a los gritos.

Llega la noche del festival en La Candela. Esa misma tarde, Sardinez le da la cámara a Smith para que grabe su encuentro con la Tigra.

Smith, dominado por la ansiedad, se va para el festival siendo muy temprano aún. Llega cuando recién están empezando los combates amateurs y, pensando en que él no estará allí cuando suceda la acción central sobre el ring, arregla con un colega para que este le pase la información sobre dicha actividad que, de no presentarla ante sus superiores, se lo descontaran de su salario mensual.

Vera toma una ducha y, cuando sale del baño, ve como la Tigra, producida “para la guerra”, como esta misma suele decir cuando tiene una cita, se va a toda velocidad. De inmediato, Vera recuerda los planes de su hermana con Smith y, sin perder tiempo, se cambia y se dispone a salir tras esta. En ese momento, suena su teléfono y descubre que es Ismael.

—Hola, amigo —responde mientras va saliendo de su departamento apurada.

—Hola, flaca ¿podes hablar?

—Si, bah... más o menos. En realidad, no. Llámame en un ratito ¿puede ser?

—En realidad no, Vera. Llamo para despedirme.

—¿Qué? ¿A dónde te vas? —pregunta ella quedando inmóvil después de salir a la vereda.

—Me salió una chance para laburar en México para G.B. Promotions.

—¡Noo! ¿en serio?

—Si, si...

—Me alegra con el alma y lo sabes. Pero.... ¿Así... de un momento a otro?

—Si, flaquita. De un momento a otro.

—¡No me mientas, Ismael! Por la amistad que nos une, te exijo que me cuentes. Siento que en parte te estás escapando.

Ismael le cuenta con lujos de detalle a Vera lo que sucedió la noche anterior. En la mitad del relato, Vera empieza a llorar. Ismael pone la entereza que no tiene habitualmente para no quebrarse, aunque el nudo en su garganta le ocupa todo el pecho. Vera se muere por pedirle que se quede, pero sabe que, alejarse de su hermana y no volver a dilapidar una chance profesional como esta, es lo mejor para él.

—Pero no te amargues, flaca. Porque antes de irme pude, aunque sea, cobrarme una vieja deuda.

—¿Con quién?

—Con mi ex patrón... —dice él soltando la carcajada.

—¡Ismael! ¿No habrás sido tan pelotudo de pegarle porque te mato?

—No, Verito. A los parásitos se los maltrata estropeándole la comida...

Ambos se ríen como desafortados. Después se hace un silencio. Hasta que los dos perciben que es el momento de la despedida. Se confiesan el uno al otro

que se extrañaran, haciendo fuerza ambos para no volver a quebrarse.

—¡Cuídate, amigo, por lo menos hasta que llegue, porque pronto nos vemos!

—¡Contá con eso! Besos...

Al colgar, Vera llora con mucho sentimiento, porque Ismael es un eslabón muy fuerte en su vida.

Se seca con violencia las lágrimas y ocupa el primer taxi que pasa. Durante las primeras cuadras, el taxista no deja de mirarla por el retrovisor. Cuando el hombre percibe la incomodidad de la joven, sonrío cómplice y le pregunta:

—¿La campeona olímpica, no?

—No, don...subcampeona y, apenas, panamericana —responde avergonzada ella.

—¡No sea tan humilde, amiga, qué usted fue una campeonaza!—la arenga el hombre.

Ella agradece asintiendo con la cabeza.

—¿Sabe una cosa, Vera? , aquel día lloré con usted —ella lo mira sorprendida— ¡Sip...!, me dolió mucho ver a esa piba festejando con los ojos en compota, cuando la que había ganado era usted.

La mirada de Vera se cristaliza.

—Mire, jefe: perder porque tus propios puños se rompieron, duele y mucho, pero lo puedo aceptar. Porque no existe el boxeador que se banque perder por abandonar, pero se puede convivir con eso, ¿sabe? — asiente lentamente con la cabeza— pero lo que si jode, y mucho, son las críticas por ser deportista, o lo que es peor, por ser boxeador... ¿Se entiende?

—Perfectamente, amiga —afirma el hombre mirándola por el retrovisor y agrega— en realidad eso fue lo que más me dolió: la prensa destruyéndola. En especial el gordo sorete ese de Enrique Smith, que gritaba en la transmisión que usted era una pecho frio y muchas boludeces más.

—Tranquilo, don. Eso ya pasó —dice Vera mientras lucha para que las lágrimas no rebalsen de sus ojos—y no fue ese el peor golpe que recibí en el boxeo. Claro que no. Lo peor vino después, cuando por esa lesión tuve que dejar para siempre el boxeo y encima los dirigentes me dejaron tirada con todos los gastos médicos para que yo los pagara. Ni siquiera les importó que podía quedar discapacitada para el resto de mi vida. Ese, créame que fue el peor nocaut que puede recibir un boxeador.

Se hace un silencio sepulcral dentro del taxi hasta arribar a las cercanías de La Candela. Por la avenida que los lleva directamente a la velada, Vera descubre que, en la entrada a un shopping, hay un enorme gigantografía que promociona una marca de trajes de baños femeninos. La imagen muestra a una joven hermosa de figura escultural. Ella queda perpleja mirándola.

—Con todo respeto campeona —la interrumpe el taxista—usted debería dedicarse a eso —dice señalándole el cartel que ella mira, y guiñándole el ojo remata— ¡Si es un bombonazo usted!

—¡Bueno, muchas gracias! —responde sonriente. Y...la verdad es que ese mi otro gran sueño — dice compungida.

—¿Y qué espera? —pregunta el hombre abriendo los ojos muy grandes a través del el espejo retrovisor.

La joven solo atina a sonreír. No tiene ganas de explicarle.

Cuando frenan en la puerta de La Candela, Vera descubre como dos hermosas promotoras de una prestigiosa marca deportiva reparten obsequios a los ingresantes, mientras soportan los acosos de un hombre de avanzada edad y mal vestido, que parece ser el jefe



de ambas. El taxista descubre la situación justo antes de entregarle el vuelto a Vera.

—¿Y algo así no le gustaría, campeona? — pregunta perspicaz.

—No.... mi amigo. Estos personajes te quieren cobrar el empleo que te dieron con intereses demasiado caros—responde irónica ella, mientras se despide de aquel hombre tirándole un beso con la mano.

Cuando Vera está en la puerta de la velada, recuerda que no tiene sus habituales caramelos duros y decide ir hasta el kiosco más cercano a comprar.

Adentro del recinto deportivo, Smith mira y acaricia su bolso donde lleva la cámara, mientras alterna su mirada con la puerta de calle.

Justo cuando está por empezar el primer combate amateur, Smith la ve ingresar a la Tigra y sus pulsaciones se van por las nubes cuando descubre su escultural figura envuelta en un diminuto vestido de cuero. Ella, de lejos, lo saluda con un guiño.

Casi de inmediato abandonan el recinto y parten hacia un hotel.

No pasan ni cinco minutos de la partida de la pareja, cuando Vera entra a La Candela.

Se sienta en el ring side y, mientras mira la acción sobre el ring, con un reojo panorámico busca a la Tigra en la multitud. <La tengo que parar>, piensa.

—¡Hola, bombón! —le susurra al oído alguien que se sentó a su lado.

—¡Sardinez! —dice ella espantada después de girar abruptamente.

—¡Ey, tranquila! —no puede evitar mirarla de arriba abajo— ¿Cómo estas, linda?

—Bien, Julio —responde distante ella y pregunta— ¿No la vio a mi hermana?

—¿A la Tigra? No... ¡Pero debe andar haciendo de la suyas! —dice risueño.

La mirada de desagrado de Vera proscribía esa sonrisa.

—Ahórrese los comentarios —contesta tajante ella y repregunta— ¿La vio sí o no?

—¡Eh, tranquila chiquita, no te enojés! —acaricia su pierna— ¿Por qué no tomamos algo y olvidamos rencores?—pregunta el hombre con aires libidinosos.

—¡No me toqués, pelotudo! —explota ella golpeando la mano que la acaricia.

—¡Pero no te hice nada, bombón! —se excusa él.

—¡Salí de acá! ¡Desde la época de la selección que me franeleas, pajero! —se pone de pie— ¡Encima me estafaste con guita cuando te trabajé como chica ring! ¡Rajá de acá! —grita la joven.

La expresión del hombre cambia por completo. La bronca y la vergüenza por el escándalo le desencajan la expresión.

—¡Qué razón tienen en el ambiente cuando dicen que sos una abiótica...!

El cachetazo de la joven sacude la cabeza del manager. Este intenta hacer lo mismo, pero ella, rápida de reflejos, bloquea el golpe. Empiezan a forcejear ante los gritos reprobatorios de los presentes. Un guardia de seguridad retira a Sardinez del lugar y, mientras algunos aficionados tratan de calmar a la joven, otros quieren golpear al agresor.

Minutos después, todo vuelve a la normalidad. Vera trata de calmarse y abre su cartera para sacar un caramelo, pero su cedula de identidad viene adosada al paquete de golosina y cae al suelo. Cuando se agacha para levantarla, detecta un elemento brillante, y por inercia lo recoge. Es un reloj bañado en oro, marca Rolex. Piensa por un instante y casi en el acto recuerda haberlo visto en la muñeca de Sardinez cuando este le acarició la pierna. Mira para todos lados buscándolo, pero el nerviosismo la invade otra vez al punto de sentir, que, si no sale de allí, va a enloquecer. De inmediato, traspasa la puerta de calle a toda velocidad.

El guardia retira a Sardinez hasta la zona de vestuarios, mientras este forcejea y suelta un popurrí de insultos, amenazas y descalificaciones para con el trabajador de seguridad, este le pide que se calme y le dice que él lo único que hace es cumplir la orden que le dio su jefe, que no es otro que el promotor de la velada.

Cuando se queda solo, Sardinez sigue puteando por lo bajo mientras se acomoda la ropa. Después, prende un cigarrillo y fuma una pitada tras otra mientras busca calmarse. En ese momento sale una jovencita del baño de mujeres vestida de promotora con un enterito blanco y pintado al cuerpo. Es rubia, de baja estatura, de figura repleta de curvas y un rostro de niña preadolescente que impresiona. Sardinez la mira con devoción, mientras ella juega con su celular, pero percata que el hombre la observa. Ella sonrío retribuyendo el gesto. Él se siente excitado, porque las jovencitas de esa edad son su debilidad. Le recuerda a Vera en la época que se conocieron en el seleccionado nacional amateur. Con él, no va eso de que “puede ser su hija”. Las mujeres son un sabroso pedazo de carne, y cuanto más jóvenes, más tiernos y sabrosos, sabe decir.

Sigue el juego de miradas y sonrisas entre ellos. Duda en avanzarla. Ella mira, él le guiña un ojo y ella contraataca con una caída de parpados. Pero acordarse de Vera es lo que finalmente lo impulsa a avanzar. Por el disgusto de esa noche y por lo que no fue en el pasado cuando se conocieron en el Seleccionado Nacional. Él era delegado del combinado femenino y terminó perdiendo su puesto por causa de los incontables acosos físicos y verbales a la malograda boxeadora.

Ella se apoya contra una pared y él le habla muy cerca. Después de un rato, ambos abandonan el lugar en el auto del promotor.

Ismael, después de despedirse de su hasta entonces patrón, llega apurado a la terminal. Tiene la intención de abordar el ómnibus de las nueve de la noche que lo lleva a Capital para tomar el avión rumbo a México, pero a pesar de que todavía faltan quince para las nueve, la voz del lugar anuncia por el altoparlante que la línea de dicha unidad ya no tiene asientos disponibles. Ahí aminora la marcha y, con la resignación pintada en la cara, llega a la ventanilla y compra un boleto para el próximo turno, trasbordo que será recién a la medianoche. No le molesta esperar por la espera en sí, lo que en realidad le fastidia es que en ese lugar tiene infinidad de recuerdos junto a la Tigra de una amplia lista de partidas, esperas y arribos de viajes pugilísticos. Respira profundo internamente se implora paciencia.

Ismael es de esos tipos que los disgustos le abren el apetito de forma voraz y come en cantidades bíblicas. Pero esta vez es diferente. A pesar de la ilusión y el alivio que le provoca esta nueva chance profesional, su alma se siente tan vacía y herida que no tiene hambre, aunque si desea cometer un error imperdonable: fumar un cigarrillo luego de cinco años de haberlo erradicado de

su vida. Duda en primer término, pero luego piensa que esa noche es un antes y un después en su vida, y que al pisar suelo mexicano será un nuevo despertar para él en todo orden.

Como no encuentra kiosco abierto allí, sale a la calle para conseguir uno. Descubre que justo enfrente, del otro lado de la avenida, hay un maxi—kiosco. Cruza, compra y regresa a la entrada de la terminal. Prende uno y, a pesar de toser con las primeras pitadas, finalmente se sienta sobre un paredón a fumar y meditar.

Cuando está apagando la colilla contra la pared, la frenada de un auto en el semáforo le roba la atención. Mira y descubre que el conductor es Sardinez. Ambos quedan petrificados mirándose. La joven que acompaña al promotor se asoma para descubrir que es lo que tanto le roba la atención a este y observa cómo se miran ambos hombres. Ahí es cuando Ismael descubre la presencia de esta, y Sardinez percata que ambos jóvenes ya se identificaron. Es por eso por lo que decide inclinarse hacia atrás en el asiento sin dejar de mirar desafiante a Ismael. Lo del mánager es un claro gesto de exhibición de un trofeo. Ismael condena su accionar revoleando lentamente la cabeza y en su expresión parece preguntarle si no le da vergüenza.



El semáforo cambia a verde. Sardinez le guiña el ojo y, mientras hace chillar las gomas de su auto contra el asfalto, sale a toda velocidad. El joven con el rostro ensombrecido mira como la pareja se pierde en la inmensa y deshabitada avenida.

Ismael se sienta otra vez. Prende otro cigarrillo y piensa en lo sucedido un instante atrás. Aunque no en Sardinez, sino en la jovencita que lo acompañaba. Sabe que la conoce de algún lado, pero no recuerda de dónde. Hasta que después de un rato de meditar, puede dilucidar de quien se trata.

Primero recuerda que es una boxeadora amateur que ha combatido con chicas de su gimnasio y que representa al gimnasio de barrio Villa Fortaleza. Y ahí es donde le fluye de la memoria que también conoce a su padre, que no es otro que... ¡Tato Herrera, ese que lo recomendó para trabajar en México! Allí aparece con rapidez la cronología de cómo se conocieron con Herrera. Que egresaron juntos en la misma promoción de técnicos y asistentes de ring en la FAB. El mismo con el que trabajaron juntos para Sardinez, él como cura—heridas y Herrera como entrenador, y ambos fueron estafados por este, con complicidad de la justicia. Quiere ahondar en qué etapa de sus vidas fue que se conocieron

y también lo recuerda a la perfección. Él tenía 19 años, y Tato 18, y este estaba a punto de ser padre de una nena. Y teniendo en cuenta que hace poco se cruzaron, luego de muchísimo tiempo sin verse, en un festival, porque Herrera estuvo trabajando en el exterior. En ese evento, su colega le contó que no había tenido más hijos que esa pequeña que estaba esperando cuando estudiaban juntos. Ahí recuerda que, en aquel reencuentro, Herrera le mostró a su hija desde lejos mientras, esta sobre el ring, era declarada vencedora de un combate y saludaba al público con los brazos en alto. Imposible olvidarse de aquella jovencita por sus bellos y angelicales rasgos faciales. Una belleza muy pocas veces vista en el ámbito pugilístico. Y ese mismo rostro es el que vio hace un instante nada más dentro del auto de la lacra de Sardinez. Sobresaltado se pone de pie y piensa. Medita por varios minutos, hasta que decide empezar a sacar cuentas.

<Si yo tenía 19 en ese momento, y este año se cumplieron 15 desde que me recibí...hoy tengo 34. Tato tenía uno menos que yo, o sea que 18, y pasaron 15, son 33. Y si su hija, esta pibita que iba con Sardinez, en ese momento estaba a punto de nacer y pasaron 15 años desde entonces, hoy tiene...¡Quince años!>

“¡Hijo de puta!”, grita desencajado. Consciente del peligro, saca su teléfono para llamar a Tato Herrera y contarle lo que está pasando con su hija. Cuando marca el número, el disco le recuerda que su saldo es insuficiente. Entonces decide buscar la opción de un teléfono público y entra a la terminal para llamar desde el único locutorio que hay allí.

Llama varias veces, pero no contesta. Se pone histérico pensando en la posibilidad de que su interlocutor no lo atienda porque le está marcando número privado. También recuerda que siempre lo cargaba a Herrera con que era medio rata para la guita. Cuelga y prueba varias veces, hasta que en el intento seis, se abre el canal de comunicación.

—Hola... ¿Tato?

—Si ¿Quién habla?

—Soy yo, loco. Ismael Viña.

—¡Hola, hermano! ¿Te llamaron de México?

—¡Si amigo, y te lo agradezco con el alma, pero...!

—No, padre. Yo solo les recomendé al mejor, nada ma...

—¡Tato, escúchame por favor —lo interrumpe con un grito—que esto es muy importante y no hay tiempo para perder! Estoy acá en la terminal esperando

el colectivo para ir a Capital a tomar el avión a México y acabo de ver a la basura de Sardinez con la piba tuya en su auto yendo para el departamento que tiene acá nomas. ¿Te acuerdes a dónde íbamos a que nos pagara el sueldo?

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

—¡Ay, hijo de remil puta! ¡Si...sí que me acuerdo!

¡Ahora sí que lo rompo todo!

—Negro... ¡colgá y andate volando ya!

—No lo dudes —dice Herrera con la voz entrecortada por la furia.

—Tato, ¿te pido un último favor?

—Sí, ¿qué necesitas, mi loco?

—Cuando hayas hecho lo que se debe, avísame así me voy tranquilo y feliz.

—Dalo por hecho, hermano.

Vera abre la puerta de su casa con violencia y la cierra con un portazo peor. Hace una panorámica del lugar mientras una ráfaga mental le trae al presente todos los disgustos recibidos en los últimos años. La lesión que la sacó del boxeo, los acosos y extorsiones de Sardinez cuando este era Delegado de Selecciones Nacionales y ella deportista de ese plantel; las críticas despiadadas de Smith la noche fatídica de su carrera deportiva; el bochorno histórico cuando trabajó como chica—ring para Sardinez y accidentalmente se enredó en las cuerdas del ring y mientras caía desde allí su por entonces patrón le gritaba que estaba despedida por inútil; los disgustos que su hermana la Tigra le ofrenda desde siempre; las estafas deportivas de Sardinez a su hermana que involucraron a su economía; la trunca carrera como modelo. Y la gota que rebalsó el vaso: la partida de Ismael a México y este último enfrentamiento con Sardinez que tanta mierda removió en su alma. Se enfurece y empieza a romper todo a su paso. Lo último que toma para aventar es su propia cartera, que termina impactándola contra un sillón, mientras algo con luz incandescente sale despedido del bolso y cae sobre la

alfombra. Jadeante se agacha y descubre que es el Rolex de Sardinez. Junta fuerzas de donde ya no tiene y levanta el reloj. Abre la ventana para arrojarlo y, en ese preciso instante que lo va a aventar al vacío, se frena. Con la cara empapada en lágrimas y los ojos manchados por el delineador corrido, sostiene en el aire la mano con la que sujeta la joya. Piensa mientras respira agitada. Sonríe apenas, baja la mano y deja el reloj sobre la mesa. “Chau”, dice en voz alta mientras se deja caer sobre el sillón sonriente.

En calzoncillos y recostado sobre la cama, Sardinez observa como la hija de Tato Herrera se va quitando la prenda que él mismo le ordena. Cuando la joven se encuentra en ropa interior, la puerta se abre intempestivamente de par en par a causa de una patada. —¿Papaaaá?! —grita la joven, mientras Herrera la toma de un brazo y la mete en el baño. Acto seguido, le tira la ropa por la cabeza y le ordena que no salga de allí.

Sardinez, arrodillado sobre la cama intenta darle explicaciones a Herrera, que solo atina a amagarle una trompada arriba y cuando este se ataja, le conecta un gancho pleno en el estómago. Cuando el promotor escupe el quejido y baja los brazos, Herrera cierra el dibujo con un cross zurdo a la cabeza. Sardinez se cae al suelo desde la cama, y desde allí pide por favor que no le pegue más. Herrera, aprovechando toda su fortaleza y corpulencia física, lo levanta de los pelos con una mano y con la otro le coloca tres certeros puñetazos en la cara. Luego lo suelta y el mánager se desplomado como Apollo Creed cuando el ruso Iván Drago lo deja fuera de combate en la secuela de Rocky IV. Lo que sigue son una gran cantidad de patadas por todo el cuerpo ante los

gritos desesperados de Sardinez. Herrera deja de golpearlo por la agitación que le produce el esfuerzo, mientras Sardinez se coloca en posición embrionaria y se tapa la cabeza con ambos brazos. Herrera le dice a su hija que salga del baño y esta obedece estando ya vestida. Abren la puerta de calle y cuando están saliendo, Herrera mira a Sardinez que sigue tirado en el suelo. Le pide a su hija que espere en el auto y regresa hasta el promotor. Le da una patada en el traste y con un grito le ordena que lo mire. Cuando este lo hace, le saca una foto con su teléfono y se va.

Herrera sube a su auto y, mientras su hija solloza en voz baja, le manda esta foto con un texto a Ismael.



Ismael ya puso su bolso en el maletero y ocupa su asiento. Cuando se dispone a reclinarlo, su teléfono suena. Al mirar descubre que es un mensaje de Tato Herrera. Lo abre y ve la foto de Sardinez tirado en el suelo con la cara desfigurada y un texto tipo epígrafe dentro de la misma imagen que dice: “Lo prometido es deuda. Te debo una muy grande. Abrazo gigante y éxitos en México (emotición de guante de boxeo).” Ismael sonríe tapándose la boca y le contesta con el emotición repetido muchas veces de aplausos y un “No me debes nada. En todo caso, estamos a mano. Gracias por todo. Abrazo, hermanito”.

Luego, Ismael reclina el asiento hasta hacerlo cama y duerme de un tirón hasta La Capital.

Smith y la Tigra llegan al hotel. Cuando la joven camina hacia el baño, el hombre a la pasada le da un chirlo en la cola y le pide que se ponga hermosa para él y que lo haga ya. Mientras tanto, él aprovecha para ponerse cómodo. Primero prende la televisión, después, se desviste. Se sirve tres medidas de whisky consecutivas, que toma cada una de un sorbo. Mientras hace zapping recostado sobre la cama, piensa y analiza, pero termina decidiendo recurrir a su bolso. Saca un frasco de viagra y toma una píldora. Cuando lo está guardando, se retrotrae y consume una dosis más. La Tigra sigue retrasada, y el hombre aprovecha para tomar un whisky más.

Cuando se dispone a gritarle si le falta mucho, la puerta se abre. La Tigra avanza lentamente con un diminuto y provocativo conjunto de ropa interior, ante la perplejidad de Smith. La Tigra sonrío y juguetea con dialecto vulgar. El periodista le dice que se acerque más. Ella gatea por la cama sin dejar de mirarlo. Él le ordena con el dedo que venga. Después de rozar apenas sus labios, ella desciende hasta su sexo. La joven considera que su tránsito por allí será ínfimo y que hay que

abordar la lucha central ya, pero la excitación de Smith es tal que, sin dejar de jadear, este le manifiesta que él decidirá cuándo termina la entrada en calor.

Después de un impositivo y prolongado calentamiento, él decide que ella comande el combate. La púgil apuesta por una pelea corta y es por ello que impone un ritmo frenético desde el comienzo. Grita, arenga, pero, ante todo, le pregunta si le entregará el néctar del amor.

Ella acelera buscando el final de su oponente, pero este la observa inmutable. Lo mira fijo mientras el temblor del éxtasis la invade desde los pies y sube a toda velocidad para explotar, primero en su femineidad, y después en su cerebro. Ella grita de placer, mientras su estremecimiento lo plasma en sus manos sobre el pecho del longevo hombre.

Él la mira y ríe sarcástico. Ella lo observa furiosa. Ahora es el momento que él sea quien maneje el centro del ring para encontrar su nocaut. Y vaya si aprovecha su round.

La Tigra se levanta y se mete en el baño. Se escucha el ruido de la ducha por un tiempo prolongado. Sale envuelta en una toalla y comienza a vestirse.

—¡Ey! ¿Qué haces? —pregunta Smith desconcertado.

—Ya está, mi amor. Yo pague mi parte, ahora te toca a vos—sentencia sonriente ella.

Smith se ríe a carcajadas con marcado histrionismo.

—¿Vos crees que yo te voy a dar la baja por esta entrada en calor? —pregunta el hombre mirándola intimidante.

—No mi amor... —dice ella iracunda— sí querés más de este cuerpito, como dice el dicho: “Poniendo estaba la gansa” —sentencia la púgil mientras golpea su puño contra la cama en un claro gesto que hace alusión a pagar.

—¿Y de cuanto estamos hablando? —pregunta él inmutable.

—Lo que ganas en dos años —contesta ella despectiva.

—¿Cuánto?

—Dos horas, tres palitos... —responde en tono suave e irónico ella.

El hombre la mira fijamente un largo rato. Después, toma su bolso y lo revuelve con desesperación

hasta sacar un puñado de billetes envueltos en una bandita elástica.

La mira con aire sobrador y arroja el dinero sobre la cama. Le ofrece el triple, pero con una condición central: ella será literalmente de su propiedad por ese rato. La joven sonríe impotente remordiéndose los labios y alternando su mirada entre el dinero y el hombre. Sin dejar de mirarlo y en una ráfaga mental, enumera sus conflictos a resolver. Su economía quebrada, su licencia suspendida para poder generar ingresos y el fin de esa usina monetaria llamada Ismael Viña. La única solución a sus dos primeros y más grandes problemas tienen nombre y apellido: Enrique Smith. Este mismo que tiene enfrente y que lo último que le produce es atracción. Respira hondo mientras tiembla de furia y su ira es tal que no le salen las palabras. Pero su ambición es tan grande que su cerebro e impronta se sienten incapaces de poder rechazar semejante botín.

Smith goza de la visible impotencia plasmada en el rostro de la deportista. De tenerla bajo sus dominios, como cuando un púgil tiene a su oponente indefenso en cuerdas y a merced para sacarlo de combate.

—Pero hay más —dice él mientras saca de su portafolio y le muestra un escrito que puede leerse al dorso por la amplitud de sus letras color negras: BAJA DE SUSPENSIÓN— por si te interesa.

Ella por inercia quiere tomarlo, pero él lo vuelve a guardar.

—¿Y, muñeca? No te veo con ganas de rechazar semejante oferta.

La Tigra lo mira un segundo más en silencio. Después exhala profundo y asiente con la cabeza.

—Ok —musita la pugilista mientras se pone de pie y comienza a desvestirse.

—No. Espere, mi amiga —irrumpe Smith, al mismo tiempo que saca una bolsa de adentro del cajón de la mesa de luz y se la entrega.

—¿Qué es esto? —pregunta ella de mal modo.

—Ese es el vestuario con el que te quiero en cada nuevo round— dice él irónico.

—No, para un poquito Enr...

—¡Shhhhh! —la interrumpe— Acá yo digo qué sí y qué no. Vos obedeces, ¿sí? Y algo más, el que concierne a nuestro ámbito, dejalo para el último round.

Ella se mete en el baño pegando un portazo mientras él disfruta por su reacción. Después, se sirve

un whisky para ir retomando el ambiente. Ahí recuerda que debe instalar la cámara, y toma la bebida de dos tragos bruscos.

Saca la filmadora de su bolso y empieza a buscar con la vista el mejor lugar para ubicarla. Finalmente se decide por colocarla encima del televisor, taparla con una toalla y apretar el rec. Se recuesta en la cama y mira satisfecho su creación. En ese momento suena su teléfono avisándole que tiene un mensaje.

“Mono Sardinez: ¿Enrique, donde pusiste la cámara?

Enrique Smith: sobre la tele y la tape con una toalla (emotición con carita de ojo guiñando).

Mono Sardinez: ¡Pedazo de pelotudo! ¡Sobre el televisor filmas tu espalda o la de ella, y con suerte algún perfil de la piba! Conozco esas piezas... ¡Haceme el favor de poner la cámara sobre un costado del respaldo de la cama y taparla con algo!

Enrique Smith: Claro, ¡tenés razón!

Mono Sardinez: Enrique.... acordate de tapar la cámara con algo y dejar el lente libre (emotición de manitos persignándose).

Enrique Smith: ok ok.”

Se levanta rápido y acomoda la cámara sobre el respaldo de la cama. Tiene el rasgo de lucidez de amurarla con un cordón que trae en su bolso. Luego la tapa con su saco dejando el lente libre, tal como le apuntaló Sardinez. Se recuesta, pero, de un salto, se vuelve a parar porque se olvidó de apretar el botón de la función “grabar”.

Se sirve otro whisky y brinda apuntando hacia la cámara. Lo toma de un trago, y se le viene a la cabeza la noche de la descalificación a la Tigra cuando la visitó en su camarín.

De esa pierna tersa invadiendo sus partes púbicas. De sus femeninas manos tomándolo con suavidad por la solapas de su saco y del dulce aliento juvenil que emanaban sus carnosos labios cuando le vociferaban a milímetros de los suyos y le despertaban hasta el último rincón de su masculinidad. Esto lo estremece de éxtasis interno hasta el punto de ensoparle la frente de un instante a otro. Pero enseguida se le ensombrece el rostro cuando aparece en su mente la diapositiva de momentos en los que ella lo ha convertido en un pusilánime y lo ha dejado en evidencia ante el mundo de ser un literal esclavo de sus encantos. Ahí es donde de su interior fluye el sentimiento de



venganza y cree que es este el momento para saldar todas esas deudas. Ahora que está convencido de tener el poder en su puño.

La Tigra se termina de cambiar y se mira frente al espejo por un largo rato. Primero lo hace de arriba abajo y se observa transformada en una descomunal colegiala porno. Después, se mira a los ojos y puede divisar su propia furia e impotencia.

No puede entender que las cosas se le dieron vuelta y no tiene más opción que aceptarlas.

Mira hacia el costado y observa sobre la mochila del baño el resto de los atuendos que Enrique eligió para ella. Después, se mira otra vez en el espejo, resopla para tomar coraje y sale al dormitorio sonriente.

Ahí empieza la fiesta. Con la Tigra pasando con los diferentes atuendos (todos ellos relacionados a servir y obedecer) ante Smith y acatando todos y cada uno de sus pedidos con malos modales. Cada momento de fantasía es eterno para ambos, ya sea para él que disfruta como para ella que padece.

Llegan al último round. La Tigra se ve exhausta y quebrada en lo emocional. Enrique está cada vez más excitado, eufórico y agresivo.

Ella sale del baño portando medias deportivas por sobre las rodillas, una tanga pequeñísima y un par

de guantes colgados de su cuello por los cordones que tapan sus pechos.

Llega hasta Smith, que está parado fuera de la cama esperándola. Él se acerca hasta quedar frente a frente.

—Ponete los guantes —le ordena.

Ella se los coloca, y por inercia levanta sus brazos para ponerse en guardia, aunque también para tapar su desnudez en un repentino ataque de pudor. Smith la observa en silencio y con el rostro libidinoso.

—Te lo dije, nena. Íbamos a hacer “cositas” y... ¿Qué más? —pregunta el cronista.

—No me acuerdo... —responde ella iracunda.

—¡Manoplas, muñeca! ¡Te dije que algún día vos y yo íbamos a hacer manoplas y otras cositas! —abre las manos y las coloca al frente— dale, ¡A manoplear! —le ordena con un grito.

La joven lo mira suplicando piedad, pero él se lo ordena a los gritos una y otra vez que lo haga. A ella le cuesta moverse por el agotamiento. Suelta la derecha y llega débil. Cuando suelta la izquierda, Smith se corre, ella pasa de largo y cae sobre él casi de espaldas. Enrique la toma de la cintura, ante la extrema quietud de la Tigra.

—Basta, Enrique...no puedo más... —suplica ella.

—No muñeca. ¡Si te vas perder por nocaut, que sea peleando! —grita eufórico él.

La gira bruscamente, le saca ropa interior de un tirón y la sienta sobre la cómoda donde está el televisor. La Tigra lo mira casi tambaleante, mientras él le pregunta si quiere más. Enrique la toma con brusquedad del mentón y la besa en la boca. Ella le pide que la suelte, pero su exaltación es tal, que cada vez la sujeta con mayor vehemencia. Ella, entre dientes le pide que la suelte, pero él no la escucha. La Tigra le saca el brazo de un manotazo y, cuando va a estrellar su derecha sobre su rostro, él queda paralizado. Luego mira hacia el techo y, cuando vuelve la vista al frente, sus globos oculares están dados vuelta y de su boca florece una espesa espuma blanca. La Tigra quiere sacárselo de encima, pero él mismo retrocede sobre sus pasos y cae de espaldas sobre la cama con los brazos en cruz.

La joven primero grita su nombre y después se sube sobre él para reanimarlo. Su cuerpo convulsiona ante los gritos de la boxeadora. Aterrada, lo zamarrea buscando que reaccione. Levanta la vista y ve sobre la mesa de luz el frasco de viagra junto a un vaso de whisky. Se pone aún más nerviosa e intenta reanimarlo

practicándole reanimación sobre su pecho. Se levanta y va de un lugar a otro sin saber qué hacer. Finalmente, se envuelve en una toalla y sale horrorizada de la habitación a pedir ayuda.

Después de tener que realizar un esfuerzo sobrehumano para levantarse del piso por la golpiza recibida, Sardinez comprueba lo mucho que le cuesta vestirse. Ya decidió que irá a la farmacia por algunos insumos para curarse, y que tendrá que hacerlo caminando porque ir en auto será imposible, porque no hay un solo centímetro de su cuerpo que no le duela. Se pone la campera haciendo malabares y emprende viaje.

Al regresar, se encuentra con un patrullero en la puerta de su casa y dos efectivos policiales esperándolo. Cuando responde a la pregunta de los agentes de que efectivamente él es Mario Sardinez, estos le comunican que tendrá que acompañarlos a la seccional. Sardinez interrumpe el relato diciendo que él no conoce a ninguna piba rubia, pero los uniformados, primero algo desconcertados por sus declaraciones, vuelven a interceder diciéndole que debe ir con ellos para aclarar algunas cuestiones que lo involucran con la muerte del periodista Enrique Smith. El promotor queda en primer momento petrificado por la noticia, pero reacciona e intenta escapar y recibe una brusca reducción física por parte de los servidores de la ley.

El aeropuerto de La Capital es caótico los fines de semana. Ya el viernes por la tarde, la demanda de vuelos crece a casi el triple en relación con cualquier día hábil de la semana. Y esa madrugada de sábado en la que Ismael arriba, es uno de los horarios pico en aglomeración humana con intenciones de abordar.

Ubica por las pantallas cual es la ventanilla en la que debe anunciar su vuelo y se alegra al descubrir que es una de las menos concurridas. Tiene siete personas por delante suyo, en comparación con el resto, una ofrenda inigualable, piensa.

El primer rato espera con paciencia observando todo a su alrededor. Ya cuando descubre que la fila avanza aletargadamente de siete a cuatro, decide sentarse sobre su enorme valija con rueditas y entretenerse con el tetris de su teléfono celular. Un rato después levanta la cabeza y ve que delante de él ya solo tiene dos y que, por detrás, ya superan la docena de nuevos y futuros pasajeros.

Vuelve a su amado tetris, hasta que un bullicio generalizado lo distrae. Levanta la cabeza y ve a todos a su alrededor con la vista clavada en las pantallas con

señal televisiva. No puede creer lo que ve. La imagen muestra a Sardinez saliendo de su casa con la cara destrozada, esposado y acompañado por dos policías y un llamativo título en la parte inferior de la imagen que dice: "MONO SARDINEZ PRESO". No escucha lo que relata el cronista porque los televisores se encuentran muy lejos de su ubicación, pero lo que ve le alcanza y sobra para festejar apretando el puño y mascullando un < ¡vamos carajo!>

Le llega su turno de realizar el cheking y le cuesta concentrarse en dicho protocolo hasta recién después de que los televisores empiezan a emitir otra programación.

Ya concentrado en el cheking, lo vuelve a invadir el pensamiento de lo que vio un minuto atrás, y no deja de pensar en que al fin se hizo justicia con el malnacido de Sardinez. Pero también su mente invoca a Tato Herrera. Piensa que no conforme este con darle una soberana paliza, ahora lo hace meter preso por aprovecharse de una adolescente menor de edad.

Cuando termina con los trámites aéreos, se despide de la empleada con una enorme sonrisa.

Supera la puerta que divide la recepción con el túnel que lo deposita directamente en el avión. Mientras



recorre ese trayecto que lo lleva al embarque, a sus espaldas, de otro lado de la puerta divisoria de las dos áreas, los televisores comparten un nuevo flash informativo. Divulga la trágica noticia de que el reconocido periodista deportivo, Enrique Smith, falleció en un hotel transitorio durante un encuentro íntimo, mientras. Las imágenes muestran cómo retiran el cuerpo inerte de este y a la boxeadora Mariana “LaTigra” Lozano, que era la mujer que lo acompañaba, saliendo de allí custodiada por la policía y sin poder ocultar su identidad ante los cientos de curiosos agolpados en la puerta del recinto hotelero.

## Epílogo

El escándalo público fue tal, que la Tigra tuvo irse del país. No solo por tener una relación clandestina con un hombre casado al momento de su muerte en un albergue transitorio, sino también porque el video del encuentro íntimo cayó en manos inapropiadas y se expandió por todos los medios de comunicación y redes informáticas. Decidió emigrar a México donde continuó su carrera deportiva. En poco tiempo, y bajo la tutela de la promotora Tequila Boxing, acumuló varias victorias resonantes y alcanzó una eliminatoria mundialista. Esa chance quedó trunca la noche previa al trascendente choque por sufrir una grave lesión en una de sus manos. Fue a causa de una riña con otra par como resultado de un triángulo amoroso del que era parte. No pudo volver nunca más a combatir y terminó trabajando como chica ring en festivales de segunda categoría, mientras su perfecta figura salía paulatinamente de su esplendor.

Después de que la investigación policial por la muerte de Enrique Smith dictaminara que su deceso fue a causa de su propia imprudencia en la ingesta de drogas recetadas y alcohol, la justicia declaró culpable a Sardinez por el delito de tentativa de extorsión. Le

aplicó una pena de diez años de prisión por comprobarse que la cámara que se encontró en el hotel era del promotor. Además de descubrirse los mensajes almacenados en su teléfono móvil que este nunca borró, en los que se comprobaba cómo planeaba con Smith el atentado contra la Tigra Lozano. En la cárcel encontró como compañero de celda al propietario del Rolex Cosmography, a quien tuvo que rendirle explicaciones.

El destino quiso que la Tigra e Ismael volvieran a cruzarse por lo menos una vez más en sus vidas. Esto sucedió después de mucho tener que moverse la Tigra, porque, mientras ella deambulaba por veladas intrascendentes, Ismael se movía en el mejor circuito boxístico internacional, alternando su trabajo cada fin de semana en las esquinas de los grandes campeones que combatían en México y Estados Unidos, y esto hacía que fuera imposible que pudieran cruzarse, por transitar distintas esferas pugilísticas.

Pero la noche que se festejaba el aniversario de la Independencia Mexicana, la promotora de Ismael montó un mega—evento pugilístico en la Plaza de Los Toros, en donde el bicampeona mundial azteca Marina “La Doncella” Arias intentaría arrebatarse el título orbital pluma a su coterránea Juana Montiel, y en la que

Ismael estaría, como era habitual, en su esquina como cutman.

La Tigra consiguió estar ahí como chica ring — siempre gracias a sus habituales artimañas— en los combates complementarios, y con eso podría acceder a toparse con Ismael cara a cara y poder reconquistarlo.

Cuando termina el último descanso del semifondo y mientras la Tigra está descendiendo del cuadrilátero, ve a lo lejos llegar a Ismael con todo su equipo. Tiene el impulso de abalanzarse sobre él, pero también la rápida lucidez para entender que no es el momento. Espera un buen rato en zona de ring size hasta que aparecen allí dos asistentes que acompañaban a su chico al momento de su arribo. Les pregunta por él y estos le dicen que Ismael se encuentra en el camarín de los boxeadores.

A toda velocidad se mete en ese sector y comienza a buscarlo. A un guardia de seguridad que la intercepta le dice que es la chica ring de la pelea central. Y a otro con el que se topa más adelante, que es la novia del cutman Ismael Viña, a lo que este le manifiesta no saber que la novia de Ismael era chica ring. Finalmente, al custodio le indica que siga hasta el fondo de ese pasillo, y en la primera puerta doblando a la izquierda lo

va a localizar. Recorre el largo pasillo a toda velocidad y, a medida que se aproxima a la meta, disminuye la marcha. Se topa con un enorme espejo y lo usa para, en una especie de cábala, revolverse el pelo salvajemente y acomodarse la ropa. Respira hondo y, al doblar a la izquierda queda petrificada ante lo que ven sus ojos. Ismael, de frente a ella besándose apasionadamente con una mujer pelirroja de figura escultural. Pero, en algún momento de ese instante sublime, este se siente observado y por el rabillo del ojo ve a la Tigra parada allí boquiabierta. Por inercia, el cutman abraza a la pelirroja y no deja de mirar a su observadora. Hay rencor y satisfacción al mismo tiempo en su mirada.

La Tigra da media vuelta sin dejar de mirarlo y emprende la retirada. Sus pasos llaman la atención de la otra mujer. Ahora las tres personas presentes se observan. La pelirroja mira a Ismael pidiéndole explicaciones sobre esta supuesta intrusa y este no tiene otra opción que intervenir.

—Flaca, discúlpame... ¿qué haces acá? —Ella nerviosa intenta disimular su asombro— No es lugar para una chica ring.

Las miradas se entrecruzan, mientras el silencio de los tres enrarece la atmosfera.

—¡Ey...vos sabes que acá —enarca las cejas y encoje los hombros— estás sobrando! —insiste él, sonriendo con los labios contraídos.

La Tigra, sonrío inexpresiva, asiente reiteradas veces con la cabeza y, retrocediendo con lentitud sobre sus pasos, se pierde para siempre en aquel pasillo.

La noche finaliza con el categórico y temprano triunfo de la Doncella Arias y la inminente consagración de esta, que es considerada por los especialistas no solo como una de las mayores hazañas de todos los tiempos en la historia del pugilismo femenino, sino también como un nocaut más espectacular que el que le propinó la campeona argentina “Locomotoras” Oliveras a la mexicana Jackie Nava.

## Ocho meses después

Luego de defender con éxito ese cetro con otro nocaut, la Doncella Arias se queda sin entrenador por fallecimiento y elige a Tato Herrera como nuevo guía en su esquina. Como siempre, Ismael Viña es su cutman. Pero no todas son buenas para el Team Arias. Esta elección le significó a la campeona azteca que G.B. Promotions decidiera no renovar el vínculo contractual por diferencias con el nuevo entrenador, y que a solo un mes de una nueva defensa mandatoria de su flamante cinturón se ponga en riesgo el reinado de Arias, porque el reglamento de la FEB (Federation Foreign Boxing/Federación Extranjera de Boxeo), entidad a la que la Doncella representa como monarca, impone que para cada nueva exposición de sus coronas, los titulares deben contar con una promotora que los represente.

A Tato e Ismael ese mes se les escurre entre las manos de un momento a otro y el día previo al vencimiento de esta cláusula agotan todos los recursos para poder competir. Pero ya no hay nada por hacer, porque estos comprueban que todas las promotoras de

la zona de influencia tienen en mayor o menor medida vínculo estrecho con G.B. Promotions.

Esa noche, Ismael y Tato se quedan hasta entrada la madrugada acompañándose mutuamente en lo que consideran ni más ni menos que un luto deportivo. Mucho trabajo y sacrificio se va a esfumar frente a sus ojos. Pasadas las tres, Tato se va resignado de la casa de Ismael y sabiendo que el mismo mediodía de este día que está comenzando, la Doncella Arias dejará de ser campeona mundial en los escritorios.

Después de matear un buen rato solo, Ismael se acuesta y mientras sus ojos brillan en la oscuridad de su hogar, escucha como el buzón de las cartas le avisa que tienen visitas. Se levanta y a oscuras ve que, mientras una sombra se aleja de su puerta, algo cae en su alfombra desde el buzón. Alerta y sigiloso, porque es inusual que a esa hora venga un cartero de correo postal, prende la luz y encuentra en el suelo una tarjeta de color lila que dice: LOVE Boxing. Abajo, con birrome, entre paréntesis: (abrirnos la puerta que podemos salvarte).

Ismael, desconcertado, mira la tarjeta sin comprender, mientras ve por el vidrio templado de su puerta como la silueta humana reflejada allí se queda



observándolo. Abre la puerta y se encuentra con un encapuchado que, mientras se retira la capucha de la campera que viste, le dice:

—Buenas noches, soy la directora de LOVE Boxing y también de LOVE Models, levanta la cabeza y mientras se corre el pelo de la cara, con una enorme sonrisa, agrega: que significa LO de Lozano y VE de Vera, Boxeo y Modelos.

Ismael, que ya está casi en guardia para pelear, se abalanza sobre su amiga y se funden en un abrazo interminable. Este no pudo traer aparejado otra cosa que lágrimas mutuas de emoción y desahogo.

—¡Cumpliste con lo de venirte! —dice Ismael persignándose y con los ojos húmedos.

—¿Dudabas que no? —pregunta ella intentado ponerse seria.

—¿Cómo fue esto de la promotora y la agencia de modelos? ¿Te casaste con un millonario o qué? —arremete un Ismael eufórico que no para de abrazarla.

—¡No, amigo!, —dice ella revoleando los ojos pícara— algo mucho mejor. Lo financió un viejo acreedor familiar...

## MARIANO GARCÍA MIQUEO



Nació en Tandil, Buenos Aires, Argentina en el año 1979, pero está radicado en la provincia de Córdoba. Es periodista y relator deportivo de profesión. Su primer contacto con el mundo de las letras fue durante los primeros años de su vida cuando creaba sus dibujos con diálogos, en el clásico formato de historietas. Ha participado en diferentes concursos, antologías y talleres literarios.

Libros publicados: El caballero del tapiz (2015), Catarsis de un futbolero (2018), Ángeles del gol (2020)

y la novela *Golpes Cruzados* es su última creación narrativa.

Redes: Mariano García Miqueo (Facebook),  
@marianogarciabox (Instagram).

## Índice

- Un encuentro forzado .....; **Error! Marcador no definido.**
- Mirando las marcas .....; **Error! Marcador no definido.**
- Los problemas de Elsa.....; **Error! Marcador no definido.**
- Recuerdos que inculpan .....; **Error! Marcador no definido.**
- Los nuevos candidatos .....; **Error! Marcador no definido.**
- El amante misterioso .....; **Error! Marcador no definido.**
- Disparo certero .....; **Error! Marcador no definido.**
- El ojo de Tania .....; **Error! Marcador no definido.**
- El amante desenmascarado .; **Error! Marcador no definido.**
- Las razones de Tania.....; **Error! Marcador no definido.**
- ¿Por qué se debe odiar a un ex? .....; **Error! Marcador no definido.**
- El baúl de los tesoros .....; **Error! Marcador no definido.**
- La baldosa.....; **Error! Marcador no definido.**
- Un candidato no tan falso.....; **Error! Marcador no definido.**
- Los tesoros de la tía Elsa .....; **Error! Marcador no definido.**
- Relaciones tóxicas .....; **Error! Marcador no definido.**
- Un perrito caliente .....; **Error! Marcador no definido.**
- Las elecciones .....; **Error! Marcador no definido.**

Un nuevo cuerpo.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
El arte de lucas.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
El escape de Karen.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Una lengua.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
El laboratorio .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
El lápiz labial .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
El juicio .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Nuevas elecciones .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Andrea Pereira .....	113



Título: Golpes cruzados.

Autor: Mariano García Miqueo.

Edición digital Hoja en Blanco: noviembre, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

[www.hojaenblancoeditorial.com](http://www.hojaenblancoeditorial.com)

